Extremadura Protohistórica:
Paleoambiente, Economía y Poblamiento.
Cáceres, 1998: 157-199

LA ESTRATIGRAFÍA DEL «SECTOR PUERTA DE CARROS-2» (SPC-2) DE BADAJOZ Y EL CONTEXTO POBLACIONAL DEL «VALLE MEDIO DEL GUADIANA» EN LA EDAD DEL HIERRO

Juan Javier ENRÍQUEZ NAVASCUÉS
Fernando VALDÉS FERNÁNDEZ
Ignacio PAVÓN SOLDEVILA
Alonso RODRÍGUEZ DÍAZ
Paloma LÓPEZ DEL ÁLAMO

El Valle del Guadiana supone un enorme contraste con los otros dos medios naturales de la Baja Extremadura, la extensa Penillanura Badajocense y las elevaciones de la Sierra Morena. Su personalidad no sólo resulta apreciable desde el prisma fisiográfico, sino también desde el económico, dado que la gran potencialidad de las Vegas del Guadiana constituye casi una excepción en el contexto general de suelos raquíticos y de escaso valor que, asentados sobre sustratos eminentemente paleozoicos, condicionan de manera casi decisiva la riqueza natural de la región extremeña (Devesa Alcaraz, 1995: 17). Ello ha posibilitado en el pasado, y de hecho sigue determinando, diversas manifestaciones demográficas, de poblamiento, agrarias, culturales, etc., que la geografía humana o la historia ya han abordado en diversas ocasiones, y que contribuyen, en suma, a definir su originalidad.

En su conjunto, estas Vegas –divididas en dos, Alta o «Sereniana» y Baja o «Augustana», por el umbral de Medellín a Mérida– se conciben como una serie de bloques deprimidos del zócalo, una amplia dovela hundida y colmatada por depósitos lacustres terciarios e individualizada a lo largo de dicho período y del cuaternario hasta alcanzar su situación actual (Barrientos Alfageme, 1985: 21; 1990: 29-30). Se encuentran, por tanto, entre las altitudes menos relevantes de la región, en torno a los 200 m. s.n.m., en un marco depresivo que induce a sobrevalorar aquellos relieves, de materiales antiguos (Mapa, 1987), que destacan mínimamente. En este contexto, y ocupando una posición excéntrica, el Cerro de la Muela, sobre el que se asienta la Alcazaba de Badajoz, comparte con algunos otros enclaves, repartidos a lo largo de todo el «Valle Medio del Guadiana» (en adelante, VMG), dicho interés geoestratégico de cara al control de unas tierras que son las más atractivas para el desarrollo de un poblamiento humano de raíces agrarias. El subsuelo, sin embargo, pocas posibilidades de explotación minero-metalúrgica ofrece, en comparación con otras comarcas extremeñas (Florido Laraña, 1987).

Entre los suelos que definen este espacio (García, 1995: 68), y dejando a un lado los Antrosuelos, los más destacados son posiblemente los Fluvisoles o Aluviales, suelos poco evolucionados o indiferenciados y formados, como ya se ha apuntado, en depósitos recientes de sedimentos, llanuras de inundación, etc. Los materiales geológicos de estos suelos en el Valle del Guadiana proceden de la erosión de pizarras y cuarcitas paleozoicas, rañas y sedimentos terciarios más o menos cubiertos de cantos de cuarcita (Gallardo y otros, 1993: 67-68). Químicamente son pobres en sustancias nutritivas y tienen un pH ligeramente ácido; pero por sus excelentes propiedades físicas, textura areno-limosa, profundidad superior al metro, soltura y excelente aireación, son tierras altamente productivos en régimen de regadío (Mapa, 1968: 27).

También entre los suelos poco evolucionados encontramos los Regosoles, sobre margas y sobre are-

nas, que aparecen en zonas más o menos amplias de la orilla derecha del Guadiana (hacia Santa Amalia y Villar de Rena) y en puntos muy acotados de la izquierda (Villanueva de la Serena); así como los Arenosoles, que resultan exclusivos de la margen izquierda (donde están especialmente bien representados en torno a Guareña y a Arroyo de San Serván); ofreciendo en ambos casos la posibilidad de obtener buenas producciones, y de excelente calidad, de los frutos mediterráneos de la vid y del olivo (Mapa, 1968: 28-29; Gallardo y otros, 1993: 68-70).

Formando parte de este mismo contexto edáfico de las Vegas del Guadiana, aunque en menor medida, se encuentran suelos con horizonte B Árgico, caso de algunas manchas de Luvisoles. Dichos suelos, también denominados Pardos Lavados, no poseen un grado de fertilidad química muy elevado, pero los efectos que regulan dicha fertilidad, tales como el grado de acidez, estructura, retención de humedad y capacidad de cambio, son favorables. Los de variedad háplica, o color pardo fuerte, están presentes en Arroyo de San Serván, Lobón o el sur de Badajoz (Gallardo y otros, 1993: 64).

El clima, según se ha recordado recientemente (García, 1995: 49), es, junto al sustrato litológico, el principal factor de distribución de los diferentes tipos de suelos. A nivel climático, como sucediera a nivel fisiográfico, geológico y edafológico, también las Vegas del Guadiana presentan unas características peculiares en relación a las otras comarcas extremeñas. Latitud y altitud se combinan en Extremadura para dar un centro más cálido, escoltado de manera simétrica al Norte y al Sur por bandas más frías cuanto más nos alejamos de él y ganamos altura hacia los bordes meridional y septentrional. Así, y si de temperaturas medias anuales hablamos, desde Villanueva de la Serena hasta Mérida se extiende el islote central más cálido, con 17 °C , al que rodea el de 16-17 °C que se extiende hasta las proximidades de Zafra y Montánchez, al Sur y al Norte. Su contrapunto extremo es la isoterma inferior a 13 °C en Sierra de Gata. De la misma manera, pero en sentido inverso, cabe señalar simétricas bandas paralelas en cuanto a precipitaciones, que van desde los más de 1.500 mm. anuales en Gredos, hasta el estrato más próximo al Guadiana, de sólo 400-600 mm., que alcanza su radicalidad en los 200-400 mm. de las Vegas Bajas (Cabo Alonso, 1979: 21-22). Destacada la oposición entre curvas térmicas y pluviométricas, sería instructivo valorar su potencialidad desde una óptica agroclimática. En este sentido, debe reconocerse la incidencia de otra de las características de nuestro clima, la gran irregularidad pluviométrica (Barrientos Alfageme, 1985: 37; Fajardo, 1983: 40). Así, las favorables perspectivas sobre efectividad biológica que se derivan del estudio de la temperatura y la insolación quedan malogradas por el hecho de que las aportaciones energéticas se acumulen en verano, coincidiendo con *impunts* de humedad prácticamente nulos, según denotan valores tal altos de evapotranspiración potencial como los registrados en la estación de Montijo (Barrientos Alfageme, 1985: 40-41).

Frente a los climas mediterráneos templado y marítimo presentes en otras comarcas de la región, el conjunto de los observatorios del VMG ofrece datos para definir un tipo climático estacional mediterráneo subtropical como el característico de esta zona. Sin embargo, cuando se analiza la precipitación y la temperatura, no sólo se extraen importantes conclusiones acerca de dicho tipo climático reinante, sino también información de interés para comprender el tipo de vegetación, silvestre o cultivada, susceptible de desarrollarse bajo esas condiciones macroclimáticas. Los datos de las estaciones de Badajoz-«Instituto», Talavera la Real, Lobón-«La Orden», Presa de Montijo, Don Benito-«Consiber», Villanueva de la Serena y Vegas Altas, comprendidas entre 38,51-39,07° y 186-295 m., de latitud y altitud respectivamente, permiten hablar del predominio de un piso bioclimático mesomediterráneo inferior con ombroclima seco, en el que se desarrollaría una vegetación con predominio del encinar (Tormo y otros, 1995: 43-47). Por otra parte, en esta región los aprovechamientos agrarios también se encuentran sometidos a un elevado grado de dependencia de las condiciones hídricas, comportamiento que ha condicionado la aparición de un auténtico «culto al regadío» como factor de regulación y como generador de riqueza agraria (Barrientos Alfageme, 1985: 39). Se trata de un aspecto ya suficientemente conocido (Cabo Alonso, 1979: 28-36), y del que resulta fácil calibrar no sólo su dimensión actual (Mapa, 1992), sino también sus repercusiones: la transformación de una agricultura extensiva de bajo rendimiento en una agricultura intensiva de alta productividad en algunos cultivos, con la extrema modificación de grandes superficies en las Vegas Altas, en torno a Don Benito-Villanueva de la Serena, y en las Bajas, en torno a Montijo (Barrientos Alfageme, 1985: 44).

Pero al margen de esta cuestión –e independientemente de entrar en un debate sobre la relativa validez que posee, para el estudio del pasado, la precedente caracterización edáfica, dado que el equi-

librio en el suelo es altamente inestable y modificable por los cambios ambientales o los generados por la orientación agrícola, ganadera o forestal dada por el hombre (García, 1995: 50)–, la idiosincrasia del Valle del Guadiana como caldo de cultivo de confluencias adquiere una nueva perspectiva si evaluamos su importancia de cara a las comunicaciones y al trasiego de especies y hombres. El río, efectivamente, es uno de los factores paisajísticos de mayor personalidad, hasta el extremo de lograr un desmedido protagonismo (Barrientos Alfageme, 1990: 45). El Guadiana, de menos caudal y más riqueza que el Tajo, posee un cauce pando y poco encajado, una irregularidad reconocida y una cuenca muy extendida que posibilita que el vado, el punto por el que puede atravesarse, forme parte consustancial de su estampa. Se ha dicho que la presencia de un gran río, como es el que nos ocupa, da impronta al territorio (Devesa Alcaraz, 1995: 18), pero posiblemente se ha puesto el dedo en la llaga cuando se ha subrayado su relevante papel en un «país de frontera» como el extremeño (Barrientos Alfageme, 1985: 26). En este contexto, el vado es referencia milenaria, en el poblamiento y sus rutas, en los hombres, en las culturas. Cinco son las grandes zonas vadeables del Guadiana extremeño (Hernández Pacheco, 1967: 46-72), tres de las cuales –las inmediaciones de Medellín, el tramo en que discurre desde Valverde de Mérida a Don Álvaro, y las cercanías de Badajoz– se ubican en las ricas Vegas.

A las Vegas del Guadiana afluyen numerosos ríos de orden menor, a derecha (Gévora-Zapatón, Guerrero, Alcazaba, Rivera de Lácara, Aljucén, Búrdalo, Ruecas y Gargáligas) e izquierda (Olivenza, Limonetes, Guadajira, Matachel, Guadamez, Ortigas y Zújar), abriendo un sin fin de posibilidades de comunicación Norte-Sur que convergen, casi obligatoriamente, en el vado. En este marco, destacable es el protagonismo del Cerro de la Muela de Badajoz en tanto que vigía calizo cámbrico de los vados sitos a sus pies o en sus inmediaciones y, en mayor o menor medida, de las rutas que se ramifican a partir de él en unos y otros derroteros: la del Zapatón, que navegando en parte el trazado bajoextremeño de la Falla de Plasencia conduce al corazón de la «Penillanura Cacereña» por las inmediaciones de Aliseda; la del Caia-Sorraia (Rivera Grande), hacia tierras portuguesas; y la que supone el propio Valle del Guadiana hacia el Suroeste y el Este (Pavón Soldevila, 1995-a: 616-617 y 843-854). Comparable es su papel al que desempeñan, en el centro de las Vegas, los promontorios de Alange –vigilante a la curva que traza el Guadiana en su encuentro con el macizo granodiorítico de Mérida– y Medellín, en relación al Matachel y a los ríos Ortigas y Ruecas, respectivamente (Pavón Soldevila, 1995-a: 851-852). Anotada anteriormente la ausencia de significativos recursos mineros en este marco, las rutas inmediatamente referidas surten a nuestra zona y canalizan la producción de ámbitos metalúrgicos tan destacables como la «Penillanura Cacereña» , Logrosán, la comarca de Llerena, etc.

El dinamismo que imprime a las Vegas su carácter transitable, amén de feraz, y el referente universal que constituye el vado en este contexto, son, a la vez, argumentos geográficos para el cambio y la perduración, para la transformación y la pervivencia, y anclajes casi eternos de un difícil y carismático equilibrio que es, en sí mismo, seña de identidad del poblamiento en el VMG. Sin entrar a valorar los tiempos paleolíticos, para cuyo estudio recientemente se ha recordado la especial problemática que supone, en este tramo del río, la deficiente conservación de terrazas (Enríquez Navascués, 1995: 14), lo cierto es que un aún corto número de yacimientos adscritos al «horizonte de las cazuelas carenadas» del Neolítico Final, hacia el 2800-2600 a.C., parece marcar el inicio de lo que pudo ser la primera ocupación del territorio con vistas a su explotación por parte de unas comunidades ya productivas. Se trata, en la mayoría de las ocasiones, como sucede en Araya, Albarregas, Camino de Meriendas (Enríquez Navascués, 1990-a: 42, 44-45), o en el enclave badajocense de Santa Engracia (Celestino Pérez, 1989), de los primeros poblados al aire libre, de escasa extensión, situados en las Vegas, con una clara vocación agropastoril, y que, superando la aparente desarticulación de la facies tardoneolítica de cerámicas decoradas, se vienen interpretando como un primer intento de explotación de los recursos del medio físico y de control estratégico del territorio (Enríquez Navascués, 1997-a: 692).

Tras no pocos síntomas de discontinuidad con el horizonte anterior, la primera gran ocupación estable, con un grado de consolidación similar al que parece observarse en el resto de las comarcas bajoextremeñas y suroccidentales, se produce a lo largo del Calcolítico (Enríquez Navascués, 1990-a: 249-260, y 1995: 25), etapa en la que se percibe el planteamiento de una nueva estrategia del poblamiento y una diversificación de los patrones de asentamiento (Enríquez Navascués, 1995: 25-30). Si nos referimos al ámbito de las Vegas del Guadiana, el seguimiento de este proceso resulta especialmente factible, incluso desde hace ya algunos años (Enríquez y Jiménez, 1989: 78-90), en la comarca de Mérida, cuyo estudio resulta ilustrativo de un

panorama general posiblemente compartido en el marco de ambas Vegas. En repetidas ocasiones se ha apuntado el carácter selectivo que parece presidir, en torno a Mérida –y en un contexto en el que el suceso tecnológico más destacable sería la aparición e incipiente extensión de la metalurgia– la ubicación de unos yacimientos que valoran, controlan y explotan tres variables territoriales –ya subrayadas, por otra parte, en este acercamiento al VMG– tan destacadas como son: el río y sus aledaños, con el control efectivo de las desembocaduras de los afluentes del Guadiana en la comarca; los vados o pasos de cruce del Guadiana, junto a las vías que a ellos conducen; y las áreas con mayor extensión de suelos de buena capacidad agrícola (Enríquez Navascués, 1990-a: 260-263, y 1997-b: 34). La evidencia arqueológica apunta hacia una cierta complementariedad entre las funciones específicas de los diversos asentamientos; pero no resulta concebible un verdadero intento de jerarquización hasta los momentos avanzados, hacia el 2000-1800 a.C., del Calcolítico Final, en que por diversas cuestiones –tales como dimensiones mayores, especial concentración de riqueza material, organización defensiva, condiciones estratégicas y de visibilidad, etc.– resulta posible intuir el papel centralizador de determinados yacimientos, relacionable, tal vez, con proceso de auténtica concentración del poder. Tal es el caso de la Palacina en la comarca de Mérida, pero muy posiblemente también de la Higueruela y la Pijotilla, en las Vegas Altas y Bajas del Guadiana respectivamente (Enríquez Navascués, 1990-a: 263) (Fig. 1).

Amplificando buena parte de las condiciones que exhiben estos últimos poblados representativos del Calcolítico Final, la ocupación, prácticamente desde comienzos del II milenio a.C., del Cerro del Castillo de Alange implica, en el fondo, una potenciación de aquellas tendencias hacia la utilización de enclaves estratégicos elevados que sólo eventualmente habían sido contempladas a lo largo de las fases plenas del Calcolítico (Enríquez Navascués, 1990-a: 261). Alange, como repetidamente se ha argumentado (Pavón Soldevila, 1991-92; 1994; 1995-a, b y c), y como se ha puesto de relieve más recientemente, parece ser el punto nuclear del territorio emeritense durante la Edad del Bronce, con el Guadiana y sus accesos como eje articulador, y en un contexto en el que nuevamente se aprecia un control directo de los principales vados, como ocurría en la Edad del Cobre, si bien con una disposición distinta (Enríquez Navascués, 1997-b: 37). Posiblemente, la función aglutinadora que desde estos momento parece desempeñar el nuevo asentamiento alangeño no resulte ajena a esa crisis estructural, tan difícilmente valorable aún, que parece experimentar el poblamiento calcolítico como consecuencia de sus propias contradicciones internas (Enríquez Navascués, 1995: 30), ni tampoco al nuevo planteamiento ocupacional de la comarca que comienza a esbozarse a partir de los aún escasos hallazgos conocidos (Pavón Soldevila, 1995-a: 726-732).

Sin embargo, y a pesar de todo lo dicho, el asentamiento de una población estable en el Cerro del Castillo de Alange posee, desde nuestra óptica, un especial significado cualitativo, puesto que supone la inauguración inequívoca de un referente en el poblamiento, la figura del «poblado de vado en alto», que constituye el epicentro de ese entramado ocupacional que desde hace algún tiempo se viene observando en torno a las Vegas (Enríquez Navascués, 1989-90: 43-45; 1990-b: 75), y que más recientemente ha podido conceptualizarse como un auténtico modelo de poblamiento y definirse como «Facies Guadiana» (Pavón Soldevila, 1995-a: 872-882 y 1020; 1995-b: 49-50; Rodríguez Díaz, 1995 y e.p.) Ciertamente, el auténtico desarrollo de dicha «facies poblacional» no parece estar totalmente vertebrado hasta el final de la Edad del Bronce; pero tanto la ocupación continuada del Cerro del Castillo de Alange –con sugerentes huellas de degradación ambiental en el entorno circundante–, como la presencia de ciertas cerámicas en el fuerte de San Cristóbal de Badajoz (Enríquez y Domínguez, 1984: 11) –más que posible, desde su arrasamiento, «alter ego» de la Alcazaba–, podrían respaldar la hipótesis de que los precedentes de dicho entramado se encontrasen ya en pleno II milenio a.C. En cualquier caso, y con independencia de aceptar o rebatir dicha posibilidad, los grupos humanos que conforman este poblamiento del Bronce Pleno, sin duda en la órbita cultural del Bronce del Suroeste (Pavón Soldevila, 1995-c), generan ya unos ítems arqueológicos –ahí están las espirales áureas de Navalvillar de Pela (Almagro Gorbea, 1977: 38-40), la diadema laminar de la Dehesa de Valdecabreros en Don Benito (Perea, 1991: 65), o los fragmentos de una daga de cobre con remache y empuñadura de oro aparecidos accidentalmente en el Cerro del Castillo de Alange (Pavón Soldevila, 1995-a: 203), que parecen conformar, junto a otras evidencias (Perea, 1991: 58 y 96), un importante núcleo de orfebrería en torno a la Cuenca Media del Guadiana (en adelante, CMG)– que cabe considerar no sólo como objetos de prestigio pertenecientes a los incipientes grupos socialmente preeminentes de la Edad del Bronce, sino también como antecedentes funcionales, posiblemente en su vertiente simbólica, de

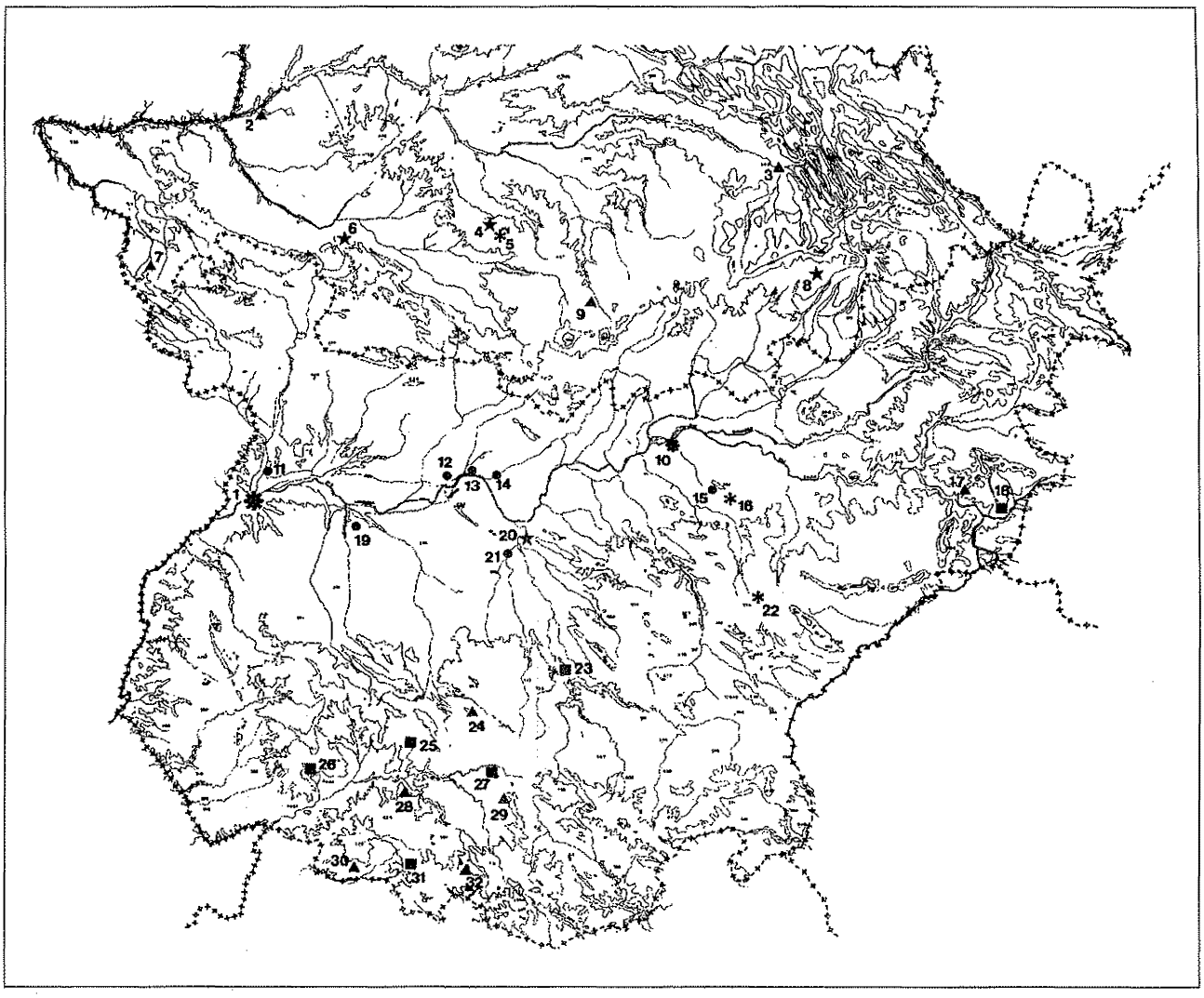

Figura 1.–Mapa de localización de los yacimientos extremeños mencionados en el texto: 1-Alcazaba de Badajoz; 2-Alcántara; 3-La Coraja de Aldeacentenera; 8-El Risco; 5-El Torrejón de Abajo; 6-Sierra del Aljibe de Aliseda; 7-El Jardinero; 8-Cerro de San Cristóbal de Logrosán; 9-Botija; 10-Medellín; 11-Santa Engracia; 12-Camino de Meriendas; 13-Araya; 14-Albarregas; 15-La Higueruela; 16-La Mata; 17-La Tabla de las Cañas; 18-Miróbriga; 19-La Pijotilla; 20-Castillo de Alange; 21-La Palacina; 22-Cancho Roano; 23-Fornacis-Hornachuelos; 24-Ermita de Belén de Zafra; 25-Segida; 26-Seria; 27-Contributa; 28-Cantamento de La Pepina; 29-Los Castillejos de Fuente de Cantos; 30-Capote; 31-Nertóbriga; 32-La Martela.

aquéllos que exteriorizarán a las jefaturas –los torques, las espadas atlánticas, etc.– en el final de dicho horizonte cultural.

Así pues, con orígenes posibles, aunque sin duda excesivamente difuminados, en el II milenio a.C., parece ser la coyuntura del Bronce Final la que, en un momento de verdadera cristalización de las redes interregionales de conexión (Pavón Soldevila, 1995-b: 46), propicia la definitiva epifanía de la «Facies Guadiana» (así como de la «Facies Tajo», de contrastada personalidad frente a la que ahora nos ocupa, y tratada extensamente en otro trabajo de este mismo volumen). Articulada en una red de asentamientos de diferente naturaleza (Pavón Soldevila, 1995-a: 876-879), y denotando una gran preocupación por el control de los principales nudos de comunicación, con sus vados, y la explotación de los feraces terrenos aluviales del gran río, la distribución regular y el potencial geoestratégico de los «poblados de vado en alto», auténticas cabezas de jefaturas ya consolidadas y verdaderos núcleos de poder, independientemente de definir por sí mismos una facies, comienzan a insinuar –como recientemente se ha subrayado (Rodríguez Díaz, e.p.)– la posible existencia de una frontera que filtraría, por un lado, las relaciones Norte-Sur, y remarcaría, por otro, el carácter periférico y fronterizo de este espacio respecto al Suroeste. Con el

proceso de «orientalización», que a lo largo del Hierro I parecen experimentar gradualmente algunas comarcas extremeñas, no se alteraría sustancialmente dicha estructura (Almagro Gorbea, 1990: 99), sino que muy posiblemente se reforzaría, desde nuestra perspectiva, en un renovado marco de relaciones «centro-periferia» con el Bajo Guadalquivir tartésico.

Integrando este grupo de «poblados de vado en alto», que es implícito armazón de la «Facies Guadiana», el poblado protohistórico de la Alcazaba de Badajoz (Valdés Fernández, 1978; 1979; 1980; 1985; 1988; Berrocal Rangel, 1992: 296-303; y 1994-a) constituye un testigo de gran interés, puesto que, desde una perspectiva arqueológica, permite –como otros poblados integrables en la misma facies, caso de Medellín, Alange, etc.– establecer los cimientos crono-culturales de ciclos históricos más o menos dilatados. Sin duda, la ubicación sobre elevaciones destacadas y el valor estratégico que poseen de cara al control sobre el paso del Guadiana, junto a otras ventajas que se infieren de lo dicho en páginas precedentes, son los aspectos que mejor permiten comprender sus ocupaciones prolongadas. Sin embargo, y como también se ha advertido ya, no debe dejar de reconocerse el valor tan sólo relativo que de hecho posee este tipo de núcleos de cara al estudio de los cambios en los patrones de asentamiento, puesto que su relación con los vados los convierte en punto obligado de concentración del tráfico humano en todas las épocas. Es ésta una circunstancia que nos aconseja a no extrapolar precipitadamente cuantas conclusiones nos aporten sus lecturas y, paralelamente, a contrastar, con las estrategias de poblamiento detectadas en tierras más alejadas de los vados, el valor real de los procesos culturales fosilizados en estos enclaves de ocupación recurrente, a fin de calibrar su verdadera entidad en las redes poblacionales de cada período (Rodríguez Díaz, 1995-b: 167-168). Este es el espíritu que, en suma, preside el trabajo que el lector tiene ante sí. En él vamos a tratar de reflexionar sobre la naturaleza de aquellos acontecimientos que, durante buena parte de la protohistoria, devienen en la Baja Extremadura. Para ello observaremos una de las secuencias más completas, y recientemente obtenidas, del VMG: la del Corte 2 del «Sector Puerta de Carros» en la Alcazaba de Badajoz. Ello nos servirá de introducción, y nos dará pie, para aproximarnos especialmente a una etapa tan amplia, atractiva y proclive al debate como es la «Edad del Hierro», horizonte cuyo contexto poblacional en el VMG no sólo contrasta con el de otras comarcas badajocenses, sino que realimenta, además, el propio carácter fronterizo de esta facies; una facies que, podría concluirse, es la síntesis de las pervivencias y transformaciones gestadas en torno al control de las tierras y vados de este singular espacio.

2. UNA ESTRATIGRAFÍA PARA EL SEGUIMIENTO DE LA «FACIES GUADIANA»: EL CORTE SPC-2 DE BADAJOZ

Sin que ello nos exima de presentar con mayor profusión documental los datos obtenidos en el Corte SPC-2 de Badajoz, tarea que nos ocupará en otra ocasión, sí que expondremos seguidamente algunos avances de lo allí exhumado en el verano de 1996; sobre todo, a fin de anticipar una interpretación secuencial, proporcionada por su estratigrafía, que matiza en gran medida no sólo la lectura publicada en los últimos años sobre los niveles protohistóricos de dicho enclave (Berrocal Rangel, 1994-a), sino también no pocas concepciones sobre la dinámica ocupacional de la zona que han prevalecido hasta hoy.

El Corte SPC-2 se planteó como un sondeo estratigráfico en un espacio contiguo al perfil sur del Corte SPC-1, excavado en 1986. La finalidad científica de la intervención residía en obtener información no sólo sobre los procesos de evolución cultural, sino también paleoambiental y paleoeconómica del enclave, aspectos estos últimos no especialmente abordados con anterioridad. Ambos cortes se sitúan en las inmediaciones de la Puerta de Carros, al interior del recinto defensivo almohade de en torno a ocho hectáreas y en el cuadrante Noroeste de la Alcazaba de Badajoz. No estimamos necesario redundar en las particulares características geográficas del sitio, de sobra conocidas, pero sí recordar que, con una altitud superior a los 208 m. s.n.m., este Cerro de la Muela se eleva en torno a unos 60 m. sobre la confluencia del Rivillas en el Guadiana, controlando, junto al Fuerte de San Cristóbal, uno de esos tramos en que el gran río resulta vadeable. Son estas circunstancias sumamente interesantes desde una perspectiva espacial, puesto que permiten establecer un atractivo y especial paralelismo entre este conjunto arqueológico de las Vegas Bajas y el que forman las elevaciones del Cerro del Castillo de Medellín y Remondo, en la desembocadura del Ortigas en Guadiana, justo en un tramo también vadeable del río en las Vegas Altas (Almagro Gorbea, 1977: 287; Almagro y Martín, 1994: 77). Del mismo modo, la posibilidad de contrastar las informaciones estratigráficas de ambos asentamientos protohistóricos –en este caso partiendo de

la información fosilizada en SPC-2– enriquece considerablemente la propia definición del panorama poblacional del VMG que en este trabajo pretendemos (Lám. I).

El Corte SPC-2 contó con unas dimensiones iniciales de 5 por 5 m.; pero, como suele ser habitual en el yacimiento de la Alcazaba, la rápida aparición de diversos muros de época histórica convirtió la superficie de sondeo en un polígono de perímetro irregular. A lo largo de una acumulación de sedimentos de casi 4 m. de potencia se suceden estructuras y estratos arqueológicos pertenecientes a las diversas ocupaciones humanas desarrolladas en este sector del yacimiento (Fig. 2). Seguidamente, definiremos cada una de estas unidades estratigráficas o capas, referenciándolas al «Punto 0» de esta intervención de 1996, que no debe confundirse con el «Punto 0 (+ 203.000 m. s.n.m.)» utilizado en las intervenciones arqueológicas anteriormente desarrolladas en este lugar (Valdés Fernández, 1985: 30):

– Nivel o Capa Superficial. Presenta unas cotas iniciales de 0,29 (NW), 0,36 (NE), 0,03 (SE) y 0,00 (SW). Se definió por un estrato sumamente heterogéneo, en el cual convivían abundantes bolsadas de textura arenosa, ladrillos, tejas y canturrales, alcanzando todo ello una potencia de 0,40 m. en el perfil Norte. Formando parte del mismo, se documentaron algunos cimientos, bastante arrasados y muy mal conservados, de estructuras de época histórica: los muros 1 (cota superior de 0,24), 2 (0,43) y 4 (0,20). El Muro 1, de unos 0,80 m. de anchura, incrustado cerca de la mitad del perfil Oeste, discurre en sentido NW-SE hasta casi la mitad del Corte, en que desaparece. Perpendicular al mismo, en dirección NE, nace el Muro 2, con unos 0,40 m. de ancho y restos de enfoscado relativamente conservados en ambas caras, que confluye en el perfil Norte. Junto al ángulo SW de este Corte SPC-2 también documentamos, muy embutido en los perfiles, el

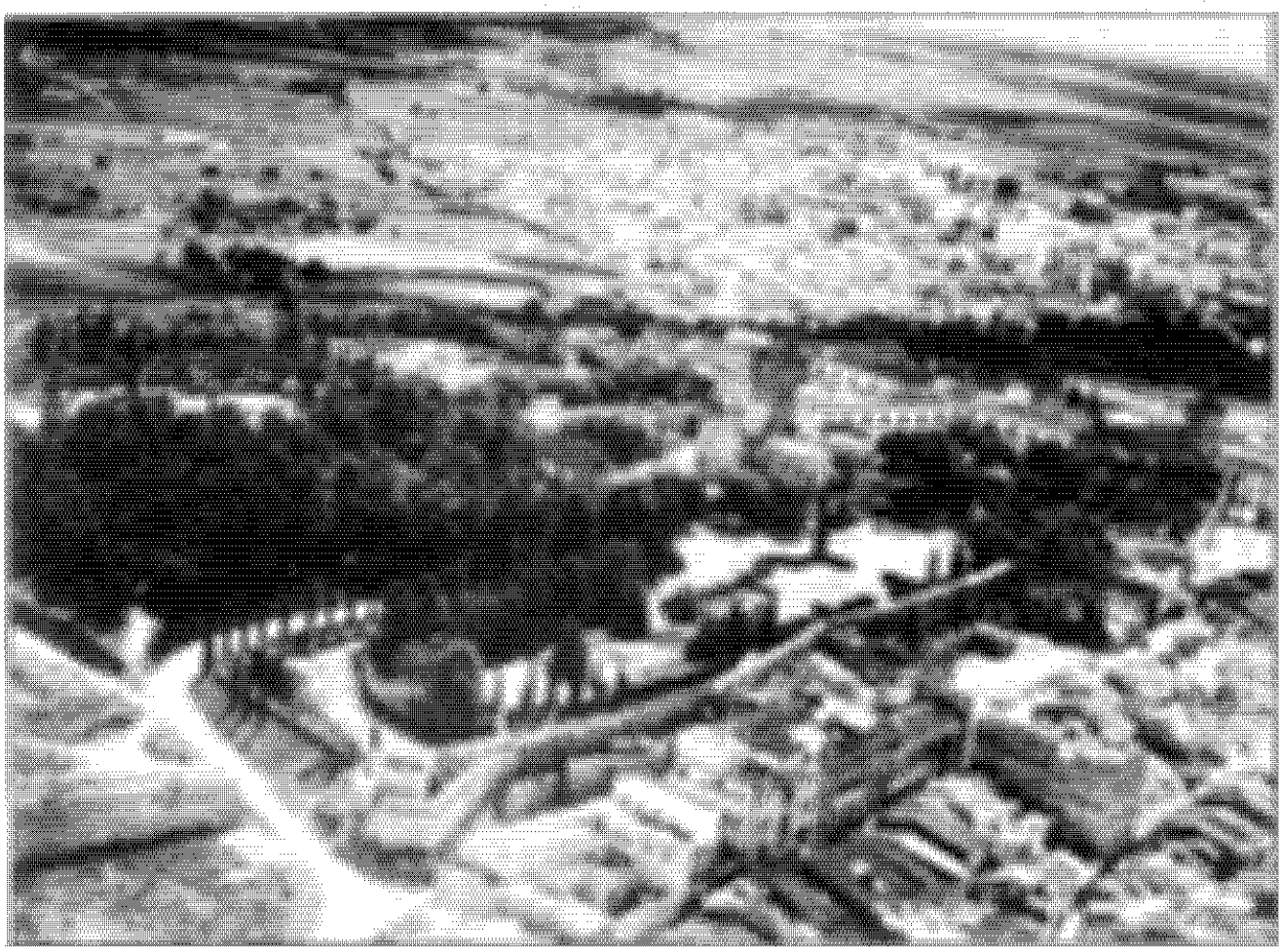

Lámina I.–Alcazaba de Badajoz. Vista aérea. 1: Sector de la Puerta de Carros, antes de 1982 (foto M. Lozano).

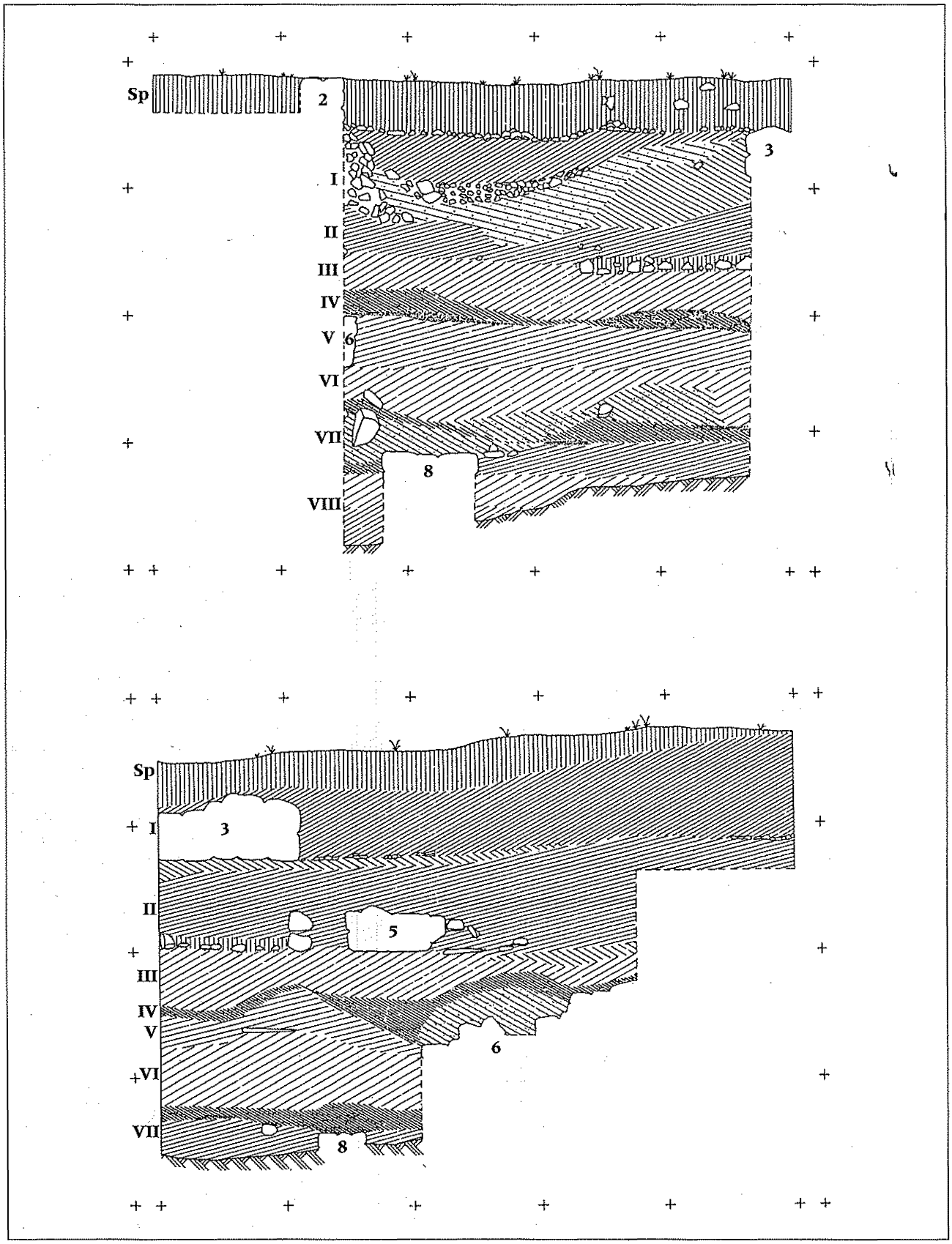

Figura 2.–Perfiles estratigráficos de los lados Norte (A) y Este (B) de SPC-2.

Muro 4. Junto al material arqueológico recuperado (lotes 1 y 2), aparecieron abundantes restos óseos animales.

- Capa 1. Se sitúa bajo las estructuras anteriormente referidas, excavándose en la totalidad del corte, salvo en el espacio donde confluían los Muros 1 y 2 (zona «B»), que se quedó en reserva. Con una potencia algo superior a los 0,70 m. en el perfil Norte, se caracteriza por la presencia de diversas bolsadas cenizosas de tonalidades negras, ocres y blanquecinas, o compuestas por abundantísimos fragmentos de tejas que se superponen, socavándolo en ocasiones, a un estrato de textura arenosa marrón más o menos dura. Dicho estrato, a su vez, se encuentra bajo la única estructura asociada a este nivel, el Muro 3 (0,76) que se localiza, sin posibilidades de definir inequívocamente su trazado, exclusivamente junto al extremo N del perfil Este. En el proceso de recogida de materiales arqueológicos se han aislado los procedentes de las bolsadas arenosas (lotes 3, 4 y 7), de las capas cenicientas (lotes «asociación NE», 5 y 8), y de los encontrados en esta última capa marrón (lotes 6 y 9), aunque el conjunto de la muestra deja entrever más que posibles alteraciones anteriores a nuestros días, familiares, además, a los procesos postdeposicionales de la Alcazaba. Por otra parte, los lotes 10 y 16 se recogieron en el problemático interfaz entre los niveles I-II, para el que se tomó una cota de 1,66.

A partir de este momento, y por los motivos ya comentados, la excavación se desarrolló exclusivamente en un trazado poligonal irregular (zonas «Z» e «Y») situado hacia la mitad septentrional del corte, en el que se sucedieron los siguientes estratos o capas:

- Capa 2. Infrapuesta a la anterior, dispone de una potencia estratigráfica ligeramente superior a 0,30 m. en el perfil Norte. Se caracteriza por un sedimento arenoso y blando, de tonalidad ocre clara, con abundantes carboncillos, que se sitúa sobre un posible pavimento de piedras de mediano tamaño –fragmento de molino rotatorio incluido– en general bastante perdido, aunque bien conservado en el ángulo NE (1,83); sobre un hogar parcialmente documentado por adentrarse en el perfil Oeste, consistente en una plancha formada por grandes fragmentos de vasijas cerámicas (1,74); y sobre algunas manchas del cal, tal vez evidencias de pavimento (?), que tan sólo se han conservado levemente junto al perfil Este. A este nivel de pavimento-hogar se asocian sendas estructuras, los Muros 5 (1,54) y 7 (1,40), que se adentran en los perfiles Este y Sur. En ambos casos se trata de muros muy alterados, en los que resulta complicado definir sus características originarias. Aun así, el Muro 5, de aparejo cuarcítico, parece disponer de una sola hilada, siendo imposible definir su anchura. El Muro 7, por su parte, conserva hasta dos-tres hiladas, pero presenta tan mala conservación que apenas puede definirse su trazado SW-NE e intuirse una anchura de unos 0,50 m. El material arqueológico recogido, tanto en el conjunto del estrato (lotes 11, 12 y 17) como formando parte del hogar (lote 13), no presenta síntomas de estar alterado, sino una apreciable homogeneidad. Junto al muestreo paleofaunístico, su excavación ofreció otras muestras para el análisis paleobotánico.
- Capa 3. Caracterizada por un estrato uniformemente amarillento, de potencia aproximada a los 0,40 m., sin asociación a estructura conocida alguna. Podría tratarse simplemente de una capa de nivelación previa a la construcción de las diferentes umidades que conforman el Nivel II. Sus cotas finales se han establecido en 2,00 (NW), 2,06 (NE), 2,08/2,13 (E), 2,03 (SE), 2,08 (SW), y 1,96/2,13 (W). Pese a su naturaleza, se ha recuperado también material arqueológico (lotes 14 y 18).
- Capa 4. Se trata de un estrato muy personalizado, aunque con potencia oscilante, que corresponde al nivel de destrucción de una estructura (Muro 6) asociada a la Capa 5. Sus características son las fuertes tonalidades rojizas y negruzcas de adobes quemados, cenizas y carbón. Es, según todos los indicios, un contexto deposicional de incendio repentino, a juzgar por la naturaleza poco rodada de la cerámica documentada, tanto en este nivel destrucción (lotes 15 y 19 al sur, y 20 al norte) como en el situado estrictamente debajo. Las cotas finales para este estrato uniforme de destrucción son: 2,36 (NW), 2,35 (NE), 2,34 (E), 2,52 (SW), y 2,41/2,46 (W).
- Capa 5. Situada bajo el nivel de destrucción anterior y sobre un pavimento de cal, muy perdido, del que tan sólo quedan huellas en un tramo del perfil Oeste (2,75). Dicho pavimento se asocia claramente a una estructura de la que forma parte el Muro 6, cuyas cotas superiores oscilan alrededor de 2,32/2,14. Se trata de un estrato bastante homogéneo que, tras una leve capita de contacto con el nivel de destrucción, de tonalidad gris o verdosa, naturaleza arenosa y potencia desigual, cobra tonalidades amarillentas. El Muro 6, de unos 0,70 m. de espesor y unas tres

hiladas conservadas, es el zócalo de una estructura habitacional, construido a base de piedras de mediano y, ocasionalmente, gran tamaño cogidas con tierra y algunos fragmentos cerámicos (aislados en el lote 22). Su trazado NW-SE atraviesa el corte desde el extremo N del perfil Oeste, encontrándose en el perfil Este con el tramo SW-NE de otra pared (2,10) que garantiza la naturaleza angular de la construcción. Como bien puede suponerse, las dimensiones del sondeo han impedido conocer las de dicha habitación. En el primero de los tramos referidos (NW-SE), cuyas cotas superiores ya se han indicado, se aprecian dos zonas –una junto al perfil Oeste, en el que se embute; y otra casi en el centro, en este caso con 1,00 m. de longitud– rebajadas unos 0,20 m. Resulta llamativo que junto a la primera se documentase un fragmento de placa de pizarra (de unos 0,15 por 0,30 m. aproximadamente) horadado por un círculo de 0,02 m. de diámetro, que podría interpretarse como la posible sujección rotatoria de un eje, y que plantearía la posibilidad de entender ambos vanos como espacios destinados a la colocación de ventanas. Junto al segundo de los tramos (SW-NE) aparece adosado lo que parece ser un escalón de inferior cota (2,45) o, más bien, un vasar. Creemos más probable esta segunda hipótesis por la destacable cantidad de vasos, principalmente de almacén, documentados en sus inmediaciones, tanto en este estrato (lote 21) como en el anteriormente referido (Capa 4), correspondiente a su amortización.

- Capa 6. Se encuentra inmediatamente bajo el pavimento y el Muro 6, presentando una tierra que no se diferencia en demasía, ni por textura ni por coloración, de la del nivel anterior. A su vez, se superpone al nivel de destrucción del Muro 8, correspondiente ya al Nivel VII. Por tanto, con una potencia máxima de unos 0,40 m. en el perfil Norte, cabe concebirlo como un estrato de relleno o nivelación previo a la construcción, a partir de él, de las estructuras inmediatamente referidas en la Capa 5. Se trata, pues, de un auténtico contexto preparatorio pero en el que también se recogió material arqueológico (lote 23).

- Capa 7. Es el estrato de tierra con tonalidad oscura que se asocia al Muro 8 y queda definido entre el nivel de destrucción de éste (verdadero interfaz VI-VII, con cotas iniciales oscilantes entre 3,00 (NW) y 3,15 (NE), y tonalidades rojizas, negras, con adobes quemados, y manchas arenosas) y el nivel de base de dicha estructura. El Muro 8 (en torno a 3,35) pertenece a una construcción rectilínea de unos 0,40 m. de anchura y una o dos hiladas bien conservadas, con trazado NW-SE, que parte del perfil Norte y confluye en el perfil Este de SPC-2. Resulta imposible determinar más detalles sobre la construcción en que se integraría esta pared y la funcionalidad de la estancia a ella asociada. Hacia la mitad oriental del corte, se apoya casi directamente sobre la roca madre, pero en la occidental lo hace sobre un estrato de tierra que conforma la Capa 8. Junto a diversos restos faunísticos, antracológicos, etc., se ha documentado un buen número de fragmentos de vasos cerámicos (lotes 24 y 25). Sus cotas finales son: 3,62 (NW), 3,48 (NE), 3,42 (E), 3,41 (SE), 3,44 (SW) y 3,60 (W).

- Capa 8. Presenta unas características bastante parecidas a las del sedimento del nivel anterior; pero se documenta, casi exclusivamente en la zona noroccidental del Corte, como un estrato infrapuesto al Muro 8. Ocupa un espacio en el que la roca madre, ganando profundidad, presenta un ligero buzamiento. No hay constancia inequívoca, sin embargo, de que se trate de un rebaje intencionado de la misma, similar al que en otros ámbitos contribuye a definir las «subestructuras» o «fondos de cabaña». El material arqueológico (lote 26) se distribuye a lo largo del estrato, hasta que hace su aparición el firme a una cota de: 4,04 (NW), 3,50 (NE), 3,42 (SE), 3,46 (SW) y 3,97 (W).

3. LA SECUENCIA CRONO-CULTURAL DEL CORTE SPC-2

De las obtenidas hasta ahora en la Alcazaba de Badajoz, la sucesión estratigráfica registrada en SPC-2 durante el verano de 1996 es, sin duda, una de las más completas y mejor conservadas. Pero, sobre todo, y según se ha anticipado ya, su nitidez permite contrastar las diferentes referencias que sobre la ocupación pre y protohistórica de este lugar se han hecho (Valdés Fernández, 1978-1980; Berrocal Rangel, 1992 y 1994-a). Entre éstas, sin duda, destaca la realizada recientemente por L. Berrocal Rangel (1994-a) a partir de las maltrechas estratigrafías de los sondeos SPC y SPC-1 y de la valoración tipológica de los diversos lotes de material procedentes de otros cortes. Dicho autor, tomando como referente el caso de Medellín, ha propuesto una secuencia ocupacional de este lugar articulada en tres Fases o Períodos crono-culturales, subdivididos a su vez en varios «niveles de ocupación». La etapa más antigua, o «Período I»,

incluye una primera subfase o «Nivel de ocupación IA», caracterizada por el predominio de las cazuelas o tazas carenadas prototípicas del tránsito Neolítico-Calcolítico en buena parte del Suroeste peninsular. Por su parte, el «Nivel de ocupación IB» parece inscribirse ya en pleno III milenio a.C. en función de la notable presencia de los platos de borde reforzado, igualmente característicos del Calcolítico Pleno del Guadiana, la mitad sur de Portugal y Andalucía Occidental. El «Período II», definido a partir de un repertorio de materiales procedentes en su mayoría del Corte 14, se identifica con una dilatada fase ocupacional comprendida entre el Bronce Final y el Período Orientalizante (siglos VIII-VII a finales del siglo VI a.C.). No obstante, un primer momento de ésta, reconocido como «Nivel ocupacional IIA», ilustraría «un difuso período previo a la llegada de materiales orientalizantes», asociable a un hábitat del Bronce Final localizado en las zonas más sudoccidentales del cerro. El «Nivel de ocupación IIB», fechado entre finales de los siglos VII y VI a.C. y caracterizado por un equilibrio entre las cerámicas a mano y a torno, supondría –según Berrocal– una etapa de desarrollo para este lugar, particularmente reflejada en «la irrupción de los materiales directamente realizados bajo influencias fenicias y orientales en general». A partir de finales del siglo VI y hasta mediados del siglo I a.C., este autor establece un dilatado «Período III» que, articulado en diversos niveles y subniveles de ocupación, reconoce genéricamente como «Céltico» o «Prerromano». El registro arqueológico de dicho Período procede fundamentalmente de los sondeos 24F, SPC y SPC-1. El «Nivel de ocupación IIIA» aglutina las subetapas IIIA1 y IIIA2. La primera de ellas se apoya en la información proporcionada por las capas SPC/4, SPC-1/6 y 24F/6-8 y cronológicamente ocupa el tránsito entre los siglos VI y V a.C. Continuadora de las fases precedentes, esta etapa, de la que se desconocen restos constructivos de consideración, ofrece un repertorio de materiales igualmente deudor de las tradiciones alfareras orientalizantes. Ánforas de inspiración feno-púnica, platos grises y piezas áticas diversas conforman los elementos más sobresalientes de un horizonte cronocultural paralelizado (a pesar del «carácter céltico» que se le atribuye) con el Cerro Macareno, El Carambolo, Huelva, Alcácer do Sal, Medellín y Cancho Roano, entre otros puntos señeros del Suroeste peninsular. Por su parte, la «subfase IIIA2», fundamentada en las capas SPC/3 y SPC-1/4 y 5 y datada durante la primera mitad del siglo IV a.C. (375-330), ofrece estructuras regulares de piedra, asociadas a una estancia con pavimento de tierra batida y cal (cota 192.503) y techumbre vegetal. La segunda mitad del siglo IV a.C. y todo el III corresponden ya al «Nivel de ocupación IIIB», igualmente asociado a estructuras y a un pavimento de guijarros y cal (cota 193.143), cuya principal característica es la generalización de las técnicas decorativas estampilladas posiblemente ya presentes en la etapa anterior (en especial, la IIIA2). Según Berrocal, dichos materiales vinculan esta fase ocupacional de Badajoz al ámbito céltico del Sado-Guadiana inferior, que tiene en Capote, Belén y Segovia sus mejores referentes. Fechado desde finales del siglo III a mediados del II a.C., el «Nivel de ocupación IIIC» se caracteriza por «la continuidad de los materiales y decoraciones del momento anterior. Sólo la presencia de producciones Campaniense A y un cierto aumento de las cerámicas a torno oxidadas y monócromas en rojo (...), el aumento de las producciones negras a torno y cierta disminución en el tamaño de las estampillas permite distinguir este momento evolutivo» paralelizado con la fase 3 de Capote y el depósito votivo de Garvão. Finalmente, el «Nivel de ocupación IIID», inscrito entre mediados del siglo II a.C. y el I a.C., ofrece un repertorio de materiales con mayor presencia de los productos romanos (campanienses, paredes finas y comunes) respecto a la fase precedente. Berrocal vincula dicha información con la procedente de los horizontes republicanos de Capote, Fuente de Cantos, Nertóbriga y Hornachuelos. En función de todo ello, este autor entiende, finalmente, este lugar como un *oppidum* a partir del cual se desarrolla, sin solución de continuidad ni traumas, un sistema jerarquizado del poblamiento de esta zona desde el Bronce Final hasta época romana. En dicho marco, y apoyándose exclusivamente en la cultura material, resalta, no obstante, «la fuerte personalidad de un cambio gradual e inexorable, que parece haber ocurrido en las postrimerías del siglo V e inicios del IV a.C» y que personalizará la Segunda Edad del Hierro de este enclave (Berrocal, 1994-a: 179-180). En cualquier caso, según Berrocal (1995: 143), dicha fase no constituye una ruptura respecto a las fases precedentes, por cuanto retoma tras el paréntesis orientalizante el sustrato indoeuropeo fosilizado en las viejas tradiciones del Bronce Final.

Como tendremos ocasión de comprobar de inmediato, la estratigrafía de SPC-2 contribuye a contrastar y clarificar muchos de los aspectos oscuros de la obtenida en 1986. Sus aportaciones –lejos de ser irrelevantes– nos han permitido a un tiempo redefinir la lectura cultural de este lugar y contrastarla con los procesos culturales reconocidos en otros asentamientos de la Cuenca Media del Guadiana

(en adelante, CMG) particularmente relevantes. En síntesis, podemos avanzar que, constatada la ausencia de niveles prehistóricos (Fase I) y del Bronce Final (Fase II), la estratigrafía de SPC-2 ilustra la ocupación ininterrumpida de este lugar desde mediados del siglo VI a.C. hasta la Romanización, amén de la inevitable fase medieval. Tal sucesión estratigráfica permite diferenciar e incorporar en el esquema general del poblamiento de Badajoz las siguientes fases u horizontes culturales: Orientalizante (Fases IIIA y IIIB), Hierro II (Fases IVA y IVB) y Romano (Fase V) (Gráf. 1).

3.1. Fase III: El Período Orientalizante

De acuerdo con dicho esquema secuencial, la estratigrafía de SPC-2 arranca con la tercera fase ocupacional de Badajoz. Sin embargo, hemos de precisar de entrada que la valoración de los restos constructivos y muebles a ellos asociados permiten diferenciar en este sector del yacimiento al menos dos subfases: A y B. La primera de ellas o IIIA se corresponde con la IIB de Berrocal y en términos culturales mantiene su valoración cultural de «Orientalizante Reciente». Por su parte, la segunda o IIIB (fase IIIA1 de Berrocal), en contra de su anterior consideración «céltica» o «prerromana», resulta más oportuno reconocerla como «Orientalizante Tardío» o «Post-orientalizante».

3.1.1. Fase IIIA: Orientalizante Reciente

Como quedara indicado en su momento, la base documental de esta subetapa procede básicamente de la Capa 8 de SPC-2. En cierto sentido, podría complementar el repertorio ergológico procedente del Corte 14 y en particular el asociado a las capas SPC/5-6 y SPC-1/7-10 que sirvieron de base a Berrocal para definir el «Nivel de ocupación IIB», reconocido sin mayor precisión como Orientalizante (siglos VII-VI a.C.). La información obtenida de este momento en SPC-2 se restringe, como en los trabajos precedentes, al registro mueble y a alguna información de carácter paleoambiental y económico. En este último sentido, a pesar de su carácter restringido, se atisba un entorno poblado mayoritariamente de encinas y alcornoques en convivencia con especies arbustivas y herbáceas, como consecuencia directa de unas actividades agropecuarias plenamente desarrolladas. De éstas, tan sólo poseemos algunos indicios de *cerealia* relacionables con campos de cultivo localizados en las riberas del Guadiana en función de los bajos porcentajes que muestran las especies riparias –olmos y fresnos– (Hernández Carretero, e.p.) y un discreto repertorio faunístico de escaso valor estadístico, caracterizado por la presencia equilibrada de ovicaprinos, bóvidos y suidos (Castaños Ugarte, e.p.). En definitiva, dicha información nos sitúa –pese a sus referidas limitaciones– ante un

SECUENCIA BERROCAL. 1994			*SECUENCIA SPC-2. 1996*		
Estratigrafía	*Horizonte*	*Cronología*	*Estratigrafía*	*Horizonte*	*Cronología*
	MEDIEVAL		Fase VI (Capa 1)	MEDIEVAL	Ss. XII-XIII
Nivel IIID	CÉLTICO/ PRERRO-MANO	150-0 a.C.	Fase V (Capas 2-3)	ROMANO	150 a.C. - 50 d.C.
Nivel IIIC		200-150 a.C.			
Nivel IIIB		330-200 a.C.	Fase IVB (Capas 4-5)	HIERRO II	350-150 a.C.
Nivel IIIA2		375-330 a.C.	Fase IVA (Capa 6)		400-350 a.C.
Nivel IIIA1		500-375 a.C.	Fase IIIB (Capa 7)	ORIENTAL. TARDÍO	500-400 a.C.
Nivel IIB	ORIENTAL. BRONCE FINAL	650-500 a.C.	Fase IIIA (Capa 8)	ORIENTAL. RECIENTE	...-500 a.C.
Nivel IIA		800-650 a.C.			
Nivel I	CALCOLÍT. BRONCE				

Gráfico 1.–Representación comparada de las secuencias obtenidas en el «Sector Puerta de Carros» de la Alcazaba de Badajoz. En SPC-2, no se documentan vestigios prehistóricos (Fase I) ni del Bronce Final-Orientalizante Antiguo (Fase II) (Niveles de Ocupación I y IIA de Berrocal).

grupo humano que fundamentó su subsistencia en una economía de tipo mixto, basada en la explotación sistemática y progresiva de las tierras aluviales y pastizales de un entorno dominado en buena parte por un bosque esclerófilo perennifolio, cuyos elementos arbóreos principales son la encina y el alcornoque. En este contexto, sabido es que por estas fechas Almagro Gorbea (1990: 95) defiende el desarrollo de una auténtica «colonización agrícola interna», fundamentada en la implantación plena del policultivo mediterráneo. Excepción hecha de algunos elementos de escasa entidad, poco ha aportado la excavación de 1996 sobre posibles actividades minero-metalúrgicas en este lugar; un aspecto, por otra parte, considerado siempre de especial interés en el estudio de las relaciones entre la actual región extremeña y Tartessos. En cualquier caso, no debemos perder de vista en este sentido el papel mediador que, merced a su estratégico control del vado del Guadiana, debió jugar este lugar (como Medellín en las Vegas Altas) en el trasiego de materias primas hacia el Sur o la fachada atlántica durante los siglos VIII-VI a.C. En dicho marco, el potencial estannífero de la «Penillanura Cacereña» cada vez más parece configurarse como la más cercana reserva minera del núcleo tartésico, si bien aún está por determinar la vida de explotaciones tan destacadas como la recientemente estudiada de Logrosán (Merideth, 1996 y en este volumen). En dicho panorama, como ya hemos apuntado, la ruta natural que define el valle del río Zapatón en dirección SW-NE representa el camino más corto entre Badajoz y Aliseda (Pavón Soldevila, 1995 a-b).

En el plano estrictamente arqueológico, destaca la carencia de información sobre las características arquitectónicas de las viviendas o la organización del espacio habitable de este lugar, tal y como sucede en los asentamientos coetáneos excavados hasta el momento en nuestra región. En este sentido, tan sólo pueden aportarse algunos rebajes en la roca natural que, dadas las limitaciones del sondeo, resulta imposible determinar si se trata de irregularidades propias de la roca o, por el contrario, constituyen indicios de «fondos de cabañas» o cualquier otro tipo de subestructura afín a las documentadas en otros ámbitos peninsulares durante el Bronce Final y el tránsito al Orientalizante. Mucho más definida es la información procedente del registro cerámico (Fig. 3). El total de fragmentos cerámicos recuperados es de 535, de los cuales un porcentaje ligeramente superior al 80% (81,69) está realizado a torno y un escaso 20% (18,31) a mano. De acuerdo con las clasificaciones cerámicas al uso, dentro de la producción modelada los fragmentos documentados corresponden a lo que habitualmente se reconoce como cerámicas «cuidadas» o «semicuidadas» y «toscas». Las primeras, con apenas diez fragmentos, equivalentes a un 1,86% de la muestra, están realizadas a base de pastas de color oscuro semidepuradas, cochuras reductoras y finos alisados superficiales. La tabla de formas se reduce a tres ejemplares de inespecíficos cuencos hemiesféricos de borde recto y un fragmento de cuerpo carenado perteneciente muy probablemente a una cazuela. Por su parte, la producción tosca es con diferencia la más abundante: 88 fragmentos que representan el 16,44% del volumen cerámico asociado a este horizonte. A dicho predominio porcentual, se contrapone una deficiente calidad técnica que bien puede resumirse en los siguientes términos: pastas groseras de color oscuro, cocciones irregulares y descuidados acabados superficiales. Las formas «toscas» restituidas nos sitúan ante un par de bases planas, una posible tapa y un recipiente de perfil ovoide y hombro marcado de tipología orientalizante. Más concretamente, se trata de un recipiente de unos 30 cm. de diámetro y base plana, decorado con impresiones digitales a la altura del cuello y con tratamiento superficial diferenciado; es decir, borde y cuello alisados y cuerpo rugoso sobre el que, además, se aprecian restos entrecruzados de «escobillados». Como es de sobra conocido, tales atributos decorativos o pseudodecorativos se encuentran particularmente representados en los contextos orientalizantes del Suroeste peninsular, si bien no debe ignorarse que sus orígenes se retrotraen al Bronce Final (Ruiz Mata, 1979 y 1995). En este sentido, nos resulta particularmente llamativa la baja representación de piezas «escobilladas» o «cepilladas» tan características en otros asentamientos contemporáneos de nuestra región (Almagro Gorbea, 1977; Enríquez y otros, e.p.)

Dentro de la producción a torno, las categorías cerámicas diferenciadas incluyen las «de cocción oxidante» (toscas y finas) y «grises». Técnicamente, el grupo de cerámicas «oxidadas toscas» se corresponde con una producción realizada a base de barros con desgrasantes medios y gruesos, tonos predominantemente oscuros, cocciones oxidantes o irregulares y simples alisados superficiales. Entre la treintena de fragmentos recuperados (5,42%), el grosor de los mismos delata el predominio de grandes recipientes relacionados con el almacenaje, el transporte o la manipulación de excedentes. Con ellos cabría relacionar, a pesar de su mayor calidad, un par de bordes pertenecientes a sendas ánforas y un fragmento de asa de sección circular. La morfología de dichos hallazgos los hace claramente deudores

UNEX BIBLIOTECA GENERAL Badajoz

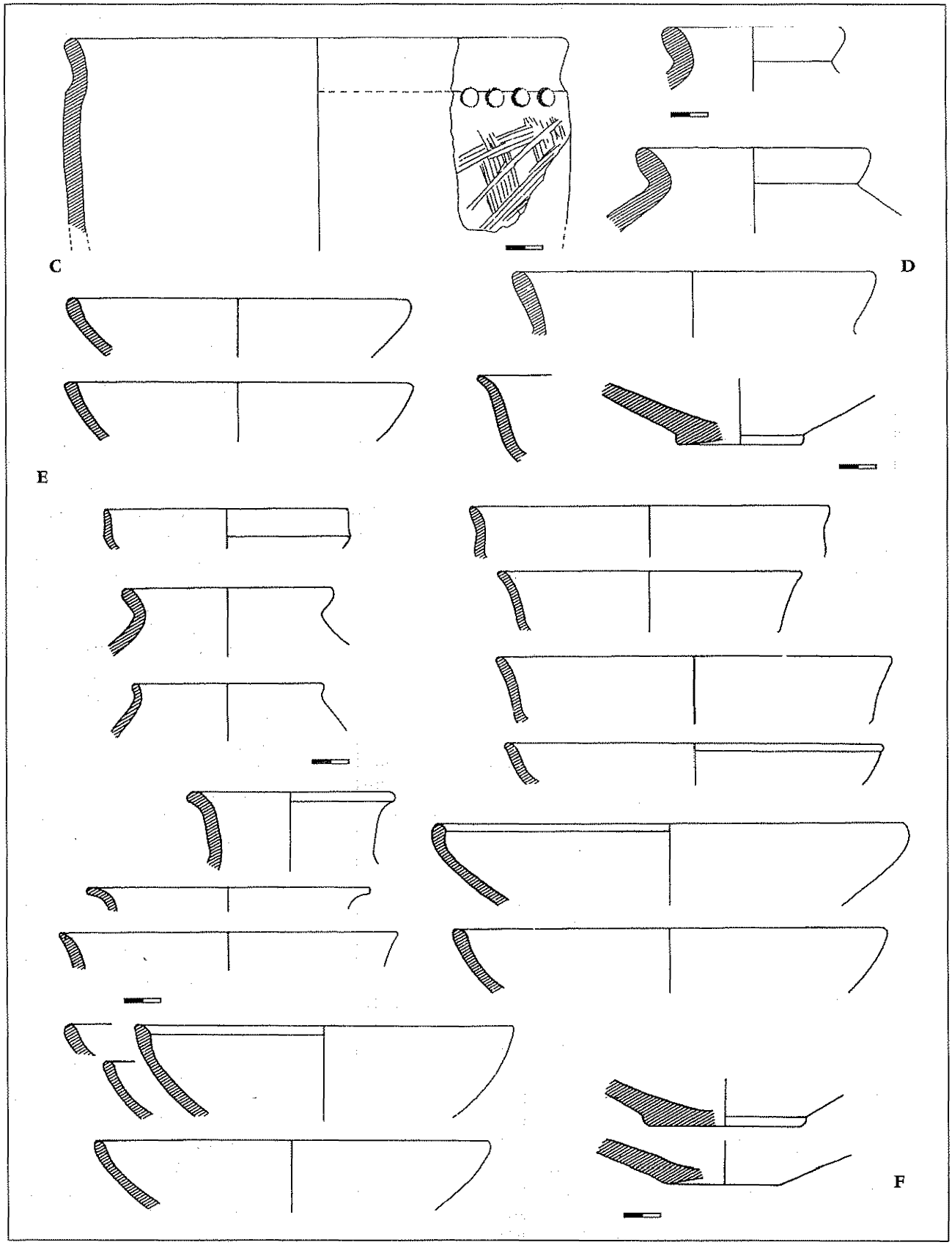

Figura 3.–Vasos cerámicos a mano toscos (C); y a torno toscos (D), oxidantes (E) y grises (F) de la Fase IIIA (Orientalizante Reciente).

de los prototipos fenicios fabricados en la costa entre los siglos VIII y VII a.C. No obstante, sabido es que en los enclaves tartésicos dichas piezas prolongaron su existencia hasta finales del siglo VI e incluso comienzos del V a.C. (Pellicer Catalán, 1978; Florido Navarro, 1984). Más concretamente, las piezas de Badajoz encuentran acomodo en el conjunto T-10.1.2.1 definido recientemente por Ramón Torres (1995). Inscrito en su Época Arcaica II (c. 625-475 a.C.), según este autor, dichas ánforas conocieron a partir de los siglos VII-VI a.C. una importante expansión por el suroeste Atlántico y el Mediterráneo nordoccidental en posible conexión con el comercio del vino. En nuestra región, ejemplos próximos a los que nos ocupan han sido constatados recientemente en la fase III de Medellín (600-500 a.C.) (Almagro Gorbea y Martín, 1994) y en la fase IIB de Aliseda (finales del siglo VI a.C.) (Rodríguez y Pavón, e.p.). Por su parte, la producción «de cocción oxidante fina» resulta más diversificada (aunque también más inespecífica) desde el punto de vista morfológico. En líneas generales, predominan las pastas depuradas y semidepuradas, los tonos anaranjado-rojizos, las cochuras uniformes y los acabados cuidados (finos alisados y espatulados). En el conjunto de la muestra de esta Fase, dicha producción representa el 17,57%, equivalente a un total de 94 fragmentos sin decoración alguna. Tipológicamente, en este grupo se incluyen los elementos propios de la llamada «vajilla de mesa»: urnas, cuencos y platos, cuyos perfiles se encuadran globalmente durante el Orientalizante Pleno y Final (Escacena Carrasco, 1986). Entre éstos, destacan sobre el resto los cuencos de casquete hemiesférico y base umbilicada. Ante la ausencia de piezas completas, las variantes contempladas atendiendo a la sección del borde son las de borde simple, borde engrosado al interior, borde biselado y borde recto. De todas ellas, la segunda, de borde engrosado al interior, es, sin duda, la de mayor significado cronológico por cuanto parece tratarse de un rasgo morfológico particularmente desarrollado a lo largo del siglo VI a.C. en buena parte del sur peninsular (subtipo I-B de Escacena). A una etapa ligeramente posterior corresponden los cuencos de borde biselado (subtipo I-E de Escacena) y de borde recto (subtipo I-C de Escacena), de los cuales tan sólo hemos constatado tres ejemplos en esta Fase. Completan el repertorio formal de este grupo dos formas compartidas con la cerámica gris. Así entendemos al menos tres ejemplos de urnas de borde simple e inclinado al exterior, comparables con la forma 7 de Caro Bellido (1989) y 1A de Lorrio Alvarado (1988-89), datables entre los siglos VII y VI a.C. En este mismo sentido, cabría valorar el hallazgo de un cuenco carenado y borde saliente, que reproduce la forma 4 de la clasificación de las cerámicas grises de Medellín (Almagro Gorbea, 1977).

Respecto a la producción gris propiamente dicha, hemos de señalar que, en líneas generales, presenta los aspectos de calidad habituales de esta grupo: finas arcillas, tonos grises oscuros o negruzcos, excelentes cocciones en atmósfera reductora, fracturas regulares y espatulados o bruñidos superficiales. El total de fragmentos contabilizados asciende a 324, equivalentes al 60,56% del registro total de esta Fase. Un porcentaje muy por encima del 23% del conjunto de cerámicas «oxidadas» (toscas y finas). El repertorio morfológico de este grupo cerámico está ampliamente dominado por los cuenco-platos de perfil hemiesférico y base umbilicada, seguidos muy de lejos por los cuencos carenados o pseudocarenados, las urnas y los platos de borde saliente. Tal y como sucediera en la producción «de cocción oxidante fina», entre los cuencos de casquete hemiesférico la sección de los bordes permiten diferenciar diversas variantes: las de borde simple, borde engrosado al interior y borde ligeramente entrante. Todas ellas se encuentran recogidas en las sistematizaciones más recientes sobre la producción gris del ámbito tartésico (Caro Bellido, 1989; Lorrio Alvarado, 1988-89). En concreto, las principales correspondencias con dichas propuestas tipológicas se encuentran con las formas 20A, 20B y 20I de Caro y los tipos 1A, 1B y 1C1a de Lorrio, encuadrables a grandes rasgos entre mediados del siglo VII y las postrimerías del VI a.C. Dicha valoración cronológica encuentra igualmente respaldo en el propio predominio de esta forma sobre las restantes, en general, y sobre los platos de borde saliente, en particular. De éstos tan sólo constatamos dos únicos ejemplares comparables «grosso modo» con las formas 3A1a de Lorrio y 17B de Caro. Igualmente minoritarias respecto a los cuencos hemiesféricos resultan las urnas y los recipientes carenados de pequeño tamaño. Las primeras parecen corresponderse con recipientes globulares de borde exvasado o inclinado al exterior próximos a los tipos 7-8 y 1-2 de Caro y Lorrio, respectivamente. Ambos autores coinciden, en términos generales, en que se trata de una vasija con una representación creciente entre los siglos VII y VI a.C. Por su parte, los recipientes carenados o pseudocarenados son igualmente identificables en las referidas tipologías de Lorrio (forma 2) y Caro (forma 15). Su valor cronológico es también relativo, si bien parecen registrarse con particular intensidad a lo largo de los citados siglos VII-VI a.C.

En función de todo ello y ante la no disponibilidad de importaciones o dataciones absolutas, la tipología general del material asociado a esta fase ocupacional de Badajoz no parece remontar el siglo VI a.C. A escala regional, dicho contexto nos sitúa ante un panorama tecnocultural muy contrastado y particularmente representado en los poblados del Risco (Enríquez y otros, e.p.) y Aliseda (Rodríguez y Pavón, e.p.), en la «Penillanura Cacereña», y Medellín, en el mismo VMG. Como es fácil imaginar, la mayor afinidad con esta fase ocupacional de Badajoz la ofrece Medellín en su horizontes IIIA y IIIB, los cuales muestran una configuración tecnocultural muy parecida a la de «Badajoz IIIA». Ambos representan el «Orientalizante Tardío o Reciente» de este enclave, cuyo final se ha relacionado últimamente con la destrucción de una posible muralla de adobes a raíz de la «crisis tartésica» (Almagro Gorbea y Martín, 1994: 114). Todo ello, en definitiva, viene a reforzar aún más la entidad y la personalidad del propio VMG como una facies poblacional, fundamentada ya desde el Bronce Final en el control de sus principales vados y en la explotación progresiva de sus feraces tierras aluviales. Por contra, en la «Penillanura Cacereña», las excavaciones realizadas en El Risco de Sierra de Fuentes y Aliseda (Cáceres) han proporcionado perfiles tecnológicos aún muy arraigados en las tradiciones alfareras del Bronce Final, según se infiere de la persistencia de determinados sistemas constructivos y la relativa incidencia del torno de alfarero. En este sentido, podemos concretar que al menos en El Risco se constata durante este período la ocupación de cabañas de planta oval definidas mediante lastras hincadas de piedra, más propias del tránsito Bronce Final-Orientalizante en diversos puntos de la fachada atlántica y el sur peninsular (Enríquez y otros, e.p.). A ello se une el ya comentado predominio de las cerámicas modeladas tanto en El Risco como en Aliseda, como prueba inequívoca de un arcaísmo que cabe explicar más por razones de tipo cultural que por imposiciones del marco geográfico.

En el Suroeste peninsular, esta etapa representada en «Badajoz IIIA» parece corresponderse con el «Tartésico Final» de Andalucía Occidental (Fernández Jurado, 1988-89: 292) y, en consecuencia, con el controvertido período de transición entre los siglos VI-V a.C. Como es de sobra conocido, en dicho período confluyen circunstancias y acontecimientos de signo muy diverso que la investigación reciente resume en la llamada «crisis del siglo VI a.C.». Aunque el debate sobre el «ocaso tartésico» tardará aún en cerrarse, la desaparición del comercio transmediterráneo de metales parece definirse como uno de los factores principales de los complejos procesos de reorganización socioeconómica, cultural y política que en estos momentos se vislumbran tanto en el centro como en la periferia de Tartessos. En este marco, aparte de las referencias de Medellín, los yacimientos extremeños poco clarifican, si bien ha de admitirse que por esas fechas se entrevé alguna reestructuración arquitectónica en Aliseda y en Cancho Roano se cimentan las bases del «Edificio A» (Maluquer de Motes, 1981; Celestino Pérez, 1996). En cualquier caso, no resulta descabellado plantear como simple hipótesis de trabajo que relegada a un segundo término la actividad minero-metalúrgica (considerada tradicionalmente entre los vínculos seculares de la actual región extremeña con el Guadalquivir), esta zona restituyera a un primer plano la actividades agropecuarias, en general, y el control sobre la tierra, en particular, tal y como sucede en otros ámbitos del Suroeste peninsular (Fernández Jurado, 1987; Ruiz Mata, 1986; Escacena Carrasco, 1987).

3.1.2. Fase IIIB: Orientalizante Tardío o «Post-orientalizante»

A este momento asociamos el registro procedente de la Capa 7 de SPC-2, la cual a su vez parece corresponderse con el «Nivel de ocupación IIIA1» (SPC/4 y SPC-1/6) de Berrocal. En nuestra opinión, esta Fase –fechable a lo largo de todo el siglo V a.C.– representa, lejos del carácter «céltico» que se le ha atribuido, una clara continuación de la anterior a nivel paleoecológico, económico y tecnocultural. En este sentido, podemos concretar que tanto el palinograma como el perfil antracológico de este momento redundan en un paisaje aún dominado por el encinar y en el que, además, se detecta un descenso de los taxones herbáceos que integran los pastizales *(Asteraceae, Pocaceae, Fabaceae, Brasicaceae...)*. Por otro lado, hemos de lamentar de nuevo en tal contexto interpretativo la falta de estudios arqueometalúrgicos en esta zona y, por supuesto, la imprecisión en la que nos movemos a la hora de concretar la secuencia cronológica de la explotación del estaño en Logrosán o en la «Penillanura Cacereña». Pero, aparte de ello, justo es reconocer también la carencia de una información carpológica suficiente para calibrar, por encima de la mera identificación de especies cultivadas en que ahora nos movemos, la entidad del aludido proceso de intensificación agraria que nuestra región parece conocer tras la «crisis tartésica»; un proceso que, hoy por hoy, se infiere más por la tipología diversa de asentamientos adscritos a este horizonte que por la información paleoambiental y económica disponible *(vid. infra)*.

Por su parte, la fauna domesticada mantiene respecto a la fase precedente una representación equilibrada entre bóvidos y ovicápridos, seguidos de lejos por el cerdo y el caballo. La fauna salvaje, aunque en porcentajes residuales, tiene su más claros representantes en el conejo, el jabalí y el ciervo.

En el plano estrictamente arqueológico, la principal novedad la representa el hallazgo de un muro recto, el denominado Muro 8, con dirección NW-SE y 0,40 m. de anchura, posiblemente integrado en una construcción angular (Fig. 4). A pesar de que tan sólo conserva un par de hiladas de piedra, resulta evidente su relación con un pavimento de tierra apisonada, en pésimo estado de conservación, sobre el que se sitúa, a su vez, un definido estrato de incendio. Aunque la potencia de esta fase ocupacional apenas alcanza 1 m., resulta de particular interés para el conocimiento de este período en el VMG. En primer lugar, destaca el hecho de que durante esta Fase el espacio habitable del Cerro de la Muela aparezca organizado a partir de construcciones regulares que *a priori* le confieren un notable desarrollo urbanístico. Aun así, todavía estamos lejos de poder determinar si nos encontramos ante una simple adopción del muro recto para delimitar espacios domésticos poco complejos o, si por el contrario, estamos ante viviendas de carácter pluricelular, consecuencia directa de unas necesidades de organización microespacial surgidas, a su vez, del desarrollo socioeconómico alcanzado en el VMG. Aunque la información obtenida parece apoyar más la segunda opción, no debemos perder de vista que nos encontramos ante la primera constatación de esta naturaleza en la región extremeña y que, por consiguiente, el trabajo no ha hecho más que comenzar. En cualquier caso, de lo que no parece haber dudas es que, junto a los referidos aspectos arquitectónicos, se consolidan las novedades y tendencias tecnológicas propias del horizonte precedente.

En este sentido, podemos concretar, en primer lugar, que dentro de la producción cerámica de esta etapa (697 fragmentos), el torno roza ya el 90% (89%), quedando, por tanto, la cerámica modelada reducida a poco más del 10% (Fig. 5). Entre éstas últimas, como sucediera en el horizonte anterior, se diferencian dos categorías en función de su calidad: «cuidadas-semicuidadas» y «toscas». En la primera, con una representación de 20 fragmentos equivalentes al 2,86% del total, se incluyen recipientes abiertos y cerrados de tamaño medio-grande, entre los que sobresalen cuencos hemiesféricos y cazuelas muy degeneradas junto a urnas y ollas de perfil en S o de borde vertical. Aunque son formas lisas en su mayoría, sobresale el hallazgo de un par de vasos cerrados con pequeñas impresiones a la altura del borde y un tercero con trazos verticales bruñidos al exterior, relacionables remotamente con los bruñidos exteriores propios del Estuario del Tajo. También de forma puntual, en algunos recipientes se detectan mamelones o asas corridas, valorables como elementos residuales de los sistemas de suspensión propios del Bronce Final-Orientalizante. Las formas «toscas», cuya representación porcentual alcanza el 7,74% (54 fragmentos), siguen teniendo en las vasijas globulares u ovoides de base plana, las fuentes y las tapas los perfiles más representados. A ellos deben pertenecer un par de fragmentos con restos de «escobillados» exteriores. En suma, elementos todos ellos deudores de las tradiciones alfareras suficientemente constatadas en el Guadiana Medio y más ampliamente en el Suroeste peninsular (Ruiz Mata, 1995).

Por su parte, los grupos cerámicos incluidos en la cerámica a torno son también los mismos que los reconocidos en «Badajoz IIIA»: «oxidante» (tosco y fino) y «gris». La producción «oxidante tosca» nos remite de nuevo a fragmentos amorfos, de cochura oxidante y calidad diversa. En el cómputo global de los restos documentados en esta Fase IIIB, dicho grupo cerámico alcanza el 23,53%, equivalente a 164 fragmentos. Entre éstos, destacan un par de recipientes de tamaño medio y borde inclinado y diversas partes de ánforas de tradición feno-púnica: un borde triangular similar a los recuperados en la fase anterior, un hombro marcado mediante una leve carena y un fragmento de asa de sección circular. Con dichas piezas debe relacionarse el hallazgo de otro ánfora semicompleta, procedente del corte 24F e incluida por Berrocal (1994-a: fig. 9) en su «Nivel de ocupación IIIA». Considerada por dicho autor como variante de los tipos I.1 y II.1 de Florido Navarro (1984), subraya a un tiempo su filiación feno-púnica y su pervivencia hasta pleno siglo V a.C. en función de la presencia del tipo II.1 en Cancho Roano. Las cerámicas de «cocción oxidante finas», que en términos generales mantienen sus características técnicas, experimentan un considerable incremento respecto a la etapa anterior. En concreto, el número de fragmentos contabilizados es de 225 que porcentualmente representan el 32,28%; un porcentaje que unido al de las toscas (23,53) superan de forma definitiva a la producción gris, hasta ahora mayoritaria. Morfológicamente, cuatro vasos de perfil en S y nueve cuencos hemiesféricos de base umbilicada son las piezas más expresivas de este grupo cerámico. Entre éstos,

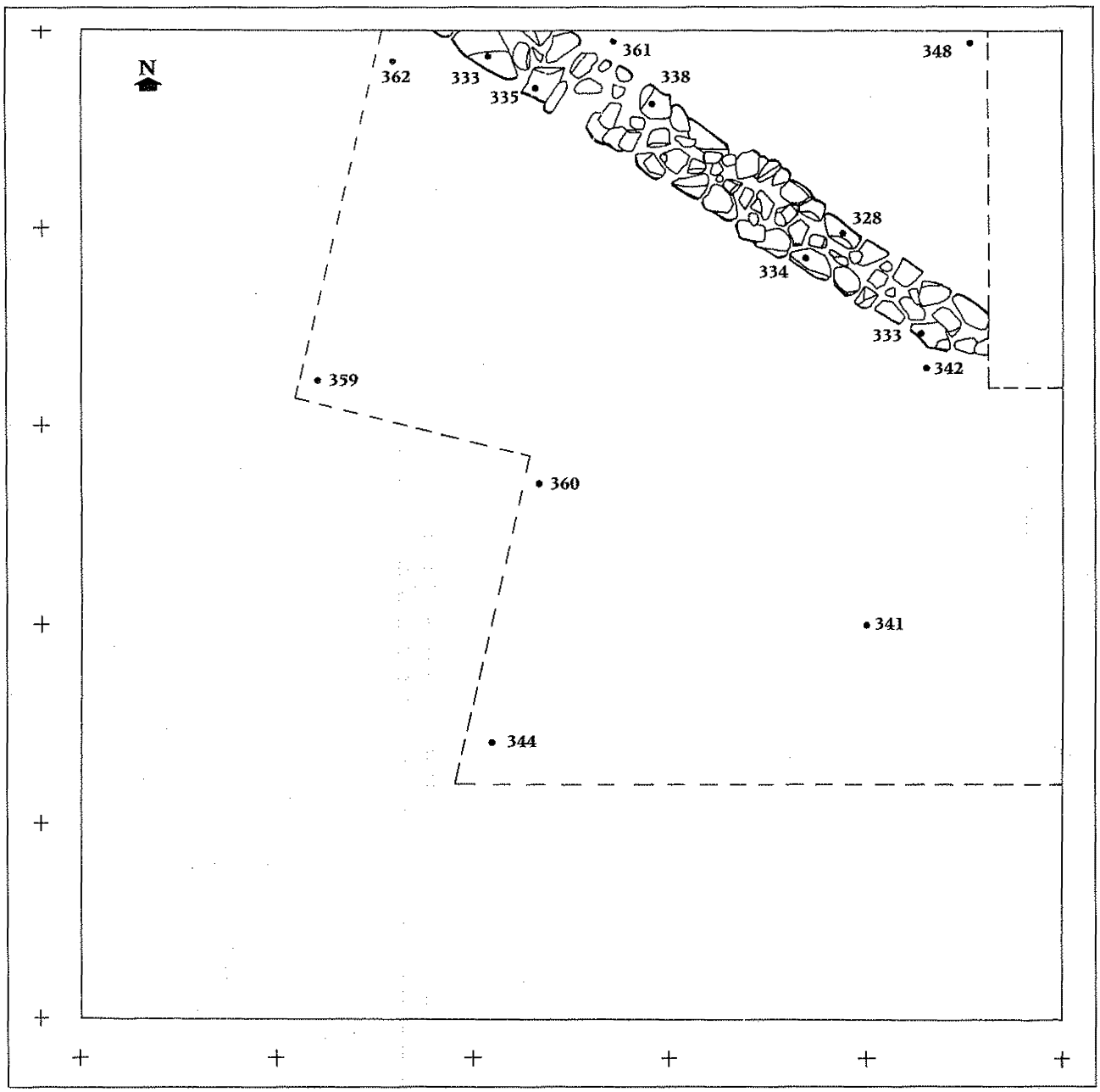

Figura 4.–Estructuras de la Fase IIIB (Orientalizante Tardío).

cabe precisar que, en su mayor parte, son de borde simple o redondeado, si bien un par de casos podrían relacionarse con las variantes de borde apuntado y de borde ligeramente engrosado al interior contempladas en la Fase IIIA. A todo ello, simplemente añadir el hallazgo de un fragmento amorfo con una estrecha banda pintada al exterior de color rojo vinoso. En definitiva, un repertorio tipológico tan restringido como indefinido cronológicamente, pero entroncable de forma inequívoca con la alfarería de tradición orientalizante. Pero tal ligazón con el sustrato tecnológico de «Badajoz IIIA», encuentra quizá uno de sus principales argumentos en la producción gris.

Fiel a sus principios básicos de calidad (finas arcillas de color gris oscuro o negro, superficies bruñidas o espatuladas y excelentes cocciones que propician fracturas rectas y sonidos metálicos), el muestrario de formas nos remite también en esta ocasión a cuencos hemiesféricos de base umbilicada y pie levemente indicado, recipientes carenados, urnas y platos de borde saliente. Entre los primeros,

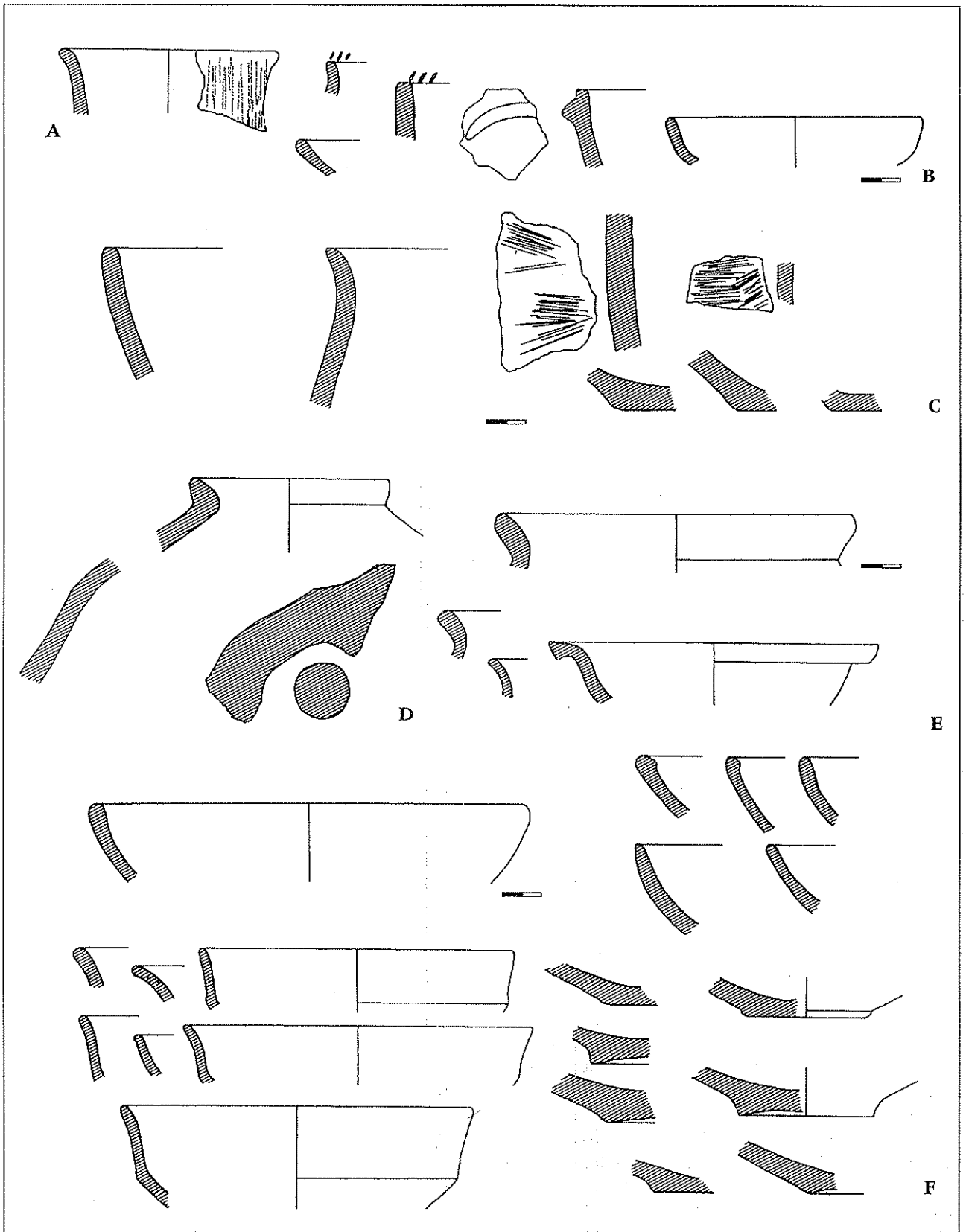

Figura 5.–Vasos cerámicos a mano cuidados (A), semicuidados (B) y toscos (C); y a torno toscos (D), oxidantes (E) y grises (F) de la Fase IIIB (Orientalizante Tardío).

los cuencos de cuerpo hemiesférico, las variantes más constatadas –a expensas de un análisis más detallado del registro– son las de borde simple y las de borde biselado, seguidas de lejos de las piezas de borde engrosado al interior. Al margen de los inespecíficos recipientes de borde redondeado, los cuencos de borde biselado encuentran correspondencia con las formas 20E-F de Caro y 1D de Lorrio. Para el primero, asumiendo consideraciones previas de Pellicer, se trata de un recipiente propio de fines del siglo V a.C., si bien no ignora su presencia en Carmona y Guadalhorce en pleno siglo VII a.C. En Medellín, Lorrio confirma la proliferación de esta variante en los conjuntos de la fase 2 de la necrópolis, fechada entre los siglos VI-V a.C. Dicha cronología parece justificar por sí sola el notable retroceso de los cuencos de borde engrosado al interior, observando incluso subtipos próximos al 20C de Caro, cuyos paralelos más próximos a los nuestros se encuentran en Cancho Roano. Punto y seguido con la fase anterior constituyen también los recipientes pseudocarenados y las urnas. Como ya comentamos en su momento, los primeros se corresponden con las formas 2 y 15 de Lorrio y Caro, respectivamente. Por su parte, en el grupo de las urnas obligado es diferenciar de nuevo entre los vasos de perfil en S y los de borde exvasado de sección triangular. Aunque ya presentes en la fase 1 de la necrópolis de Medellín, también lo están en su horizonte más reciente. Finalmente, los platos de borde saliente se mantienen como forma residual durante esta Fase IIIB, cuyo final situamos en las postrimerías del siglo V a.C.

Por desgracia, la excavación de SPC-2 no ha proporcionado ningún elemento cerámico o de otro tipo que permita confirmar dicha cronología. Sin embargo, no debemos ignorar que es de este horizonte ocupacional de donde proceden la totalidad de los materiales áticos publicados por Berrocal (1994-a: 160, 162, 168 y 172). En concreto, nos referimos a un fragmento de *skyphos,* una base de crátera de campana de figuras rojas y una o dos «copas-Cástulo». Al margen de su procedencia vía «atlántica», «mediterránea» o «meseteña», lo cierto es que la presencia de dichos materiales en Badajoz reafirman su función delimitadora durante un período tan singular como desconocido de la «protohistoria extremeña». Aunque la cartografía de hallazgos áticos en nuestra región es aún muy restringida, las piezas áticas documentadas hasta el momento permiten establecer con plena certidumbre interconexiones estratigráficas entre los diversos asentamientos que vertebran el poblamiento de este período «post-orientalizante». En el caso concreto de la CMG, los hallazgos áticos de Badajoz encuentran plena correspondencia con los del poblado (fase IIIC-IVA) y necrópolis (fase 2) de Medellín y, sobre todo, con los edificios singulares de Cancho Roano y La Mata de Campanario. Pero para intentar comprender la complejidad y diversidad de tal panorama poblacional, obligado es contemplar a un tiempo (aunque sea de forma sintética) dos cuestiones fundamentales: 1) los procesos culturales contemporáneos que se desarrollan en el resto del Suroeste peninsular; y 2) la pluralidad interregional del propio espacio extremeño.

Respecto al primer punto –como ya avanzamos al comienzo de este apartado–, no debemos olvidar que la desaparición del comercio de metales a gran escala provocó respuestas socioeconómicas y culturales muy dispares tanto en el núcleo como en las antiguas «periferias tartésicas». Aunque sin llegar a desaparecer de forma absoluta, las actividades minero-metalúrgicas durante el siglo V a.C. quedaron relegadas a un segundo plano en favor de la explotación intensiva de los recursos marino-fluviales o agropecuarios, según las zonas. A nivel sociocultural, esta nueva etapa se concreta en la desaparición de las aristocracias tartésicas y la confirmación de los estados ibéricos y turdetanos (Aubet Semmler, 1995; Ruiz y Molinos, 1993). En la región extremeña, a pesar de los comentados silencios que aún mantiene el propio registro arqueológico y la aún deficiente información paleoambiental y económica disponible, no resulta descabellado plantear que la tierra fuese una de las principales alternativas al declive de la demanda de metales aparejada al «ocaso tartésico». En la línea de la hipótesis planteada en este mismo volumen por A. Rodríguez y P. Ortiz, el reflejo más expresivo de tal proceso de intensificación por el control y la explotación de la tierra muy posiblemente fuera la consolidación de las pujantes «aristocracias rurales» representadas en los complejos singulares de Cancho Roano, La Mata de Campanario y muy posiblemente en la serie de lugares señalados por dichos autores en torno a Medellín. De admitirse dicha hipótesis, que aporta sugerentes y sólidos argumentos a la personalidad y al carácter periférico del actual espacio extremeño en el marco del poblamiento del Suroeste peninsular, qué duda cabe que dichas «células de poder» sobre la tierra (y «de orientalización tardía» de la estructura sociopolítica y cultural inherente a ella) tendrían un efecto centrífugo sobre la urbanización de este espacio, en general, y de los poblados ocupados desde el Bronce Final, en particular.

Aunque la aportación de la Fase IIIB de Badajoz resulta a todas luces insuficiente para hablar con

plenas garantías sobre estos problemas, justo es reconocer que proporciona al menos ciertos asideros. Entre éstos, sin duda alguna, destaca la constatación, a pesar de su escasa potencia estratigráfica, de un espacio habitable organizado y de notable complejidad constructiva que viene a respaldar la vieja hipótesis de Almagro Gorbea (1977) sobre el carácter cuasi urbano que durante estos siglos debió alcanzar Medellín. Si bien es cierto que aún estamos lejos de reconstruir la dialéctica «campo-ciudad» ligada a tal diversidad poblacional (posibles *oppida* y edificios de prestigio rurales), de lo que no parece haber dudas es de la entidad y personalidad que también durante este período alcanza el VMG como «facies» cultural en el marco de la «protohistoria extremeña». Pero dentro de dicho ámbito, los poblados «tipo Medellín-Badajoz», controladores desde el Bronce Final del vadeo del Guadiana, parecen incrementar –en relación ya con la segunda de las cuestiones planteadas más arriba– sus diferencias tecnoculturales respecto de los núcleos sondeados en «Penillanura Cacereña». Alteraciones aparte, baste recordar en este sentido la persistencia de las cerámicas a mano o la escasa entidad constructiva documentada en las estratigrafías de El Risco y Aliseda durante este período. Sólo la singularidad arquitectónica del Torrejón de Abajo (García-Hoz y Álvarez, 1991) refleja, aunque a menor escala que en la CMG, el desarrollo de procesos socioculturales próximos a los representados en Cancho Roano o La Mata de Campanario.

Pero no conviene olvidar que dichos contrastes interregionales se consolidaron sobre una estructura de poder segmentada y con importantes contradicciones internas: urbanización, aristocracias rurales, la lucha por la tierra... De hecho, todo apunta a que hacia el tránsito de los siglos V-IV a.C. dicho modelo social entró definitivamente en crisis. La destrucción y abandono repentino de los complejos rurales «tipo Cancho Roano-La Mata», en la CMG, o el desalojo del Risco y Aliseda, en la «Penillanura Cacereña», se vislumbran como con episodios claves de un período con el que se inaugura la Segunda Edad del Hierro o la llamada «Cultura de los Castros Extremeños». En dicho panorama, el incendio con el que concluye esta Fase IIIB de Badajoz cabría considerarse como un argumento más del crítico período que esta zona parece experimentar en torno al «cuatrocientos» (Rodríguez Díaz, 1994). En este mismo sentido, quizá no convenga perder de vista la posible correlación que pudiera existir entre el final de este horizonte en Badajoz y las evidencias de un posible incendio generalizado en Medellín (estratos 6-5). A pesar de ello y en contra de la profunda reorganización territorial constatada a partir del siglo IV a.C. en la mayor parte de la región, ni Badajoz ni Medellín fueron abandonados. Un hecho que de nuevo viene a subrayar la singularidad eco-cultural del VMG respecto a otros ámbitos de la extensa y contrastada geografía extremeña.

3.2. Fase IV: La Segunda Edad del Hierro

Con toda probabilidad, quizá sea éste uno de los períodos ocupacionales más intensos de la estratigrafía protohistórica de Badajoz. De hecho, en él se incluyen dos fases constructivas con evidentes conexiones entre sí y claramente diferenciadas tanto del horizonte precedente como del inmediatamente posterior. En este sentido, podemos concretar que sobre los restos del incendio que clausuró la fase «post-orientalizante» se desarrolla un primer estadio constructivo o Fase IVA, fechable *grosso modo* en la primera mitad del siglo IV a.C. A éste se superpone la reconocida como Fase IVB, cuyos límites cronológicos situamos entre pleno siglo IV a.C. y mediados del siglo II a.C. Fecha esta última en la que emplazamos un potente estrato de destrucción, asociado en esta ocasión al contacto inicial con los romanos y a partir del cual se inaugura «Badajoz V».

3.2.1. Fase IVA: El Hierro II Inicial

En SPC-2, esta subfase, con la que a nuestro juicio arranca la Segunda Edad del Hierro en Extremadura, está representada en la Capa 6. Berrocal, por su parte, la identifica con el «Nivel de ocupación IIIA2» (SPC/3 y SPC-1/4-5), del que hace un valoración marcadamente continuista respecto al IIIA1 y, por consiguiente, distinta de nuestra propuesta. Según dicho autor, en un claro intento de argumentar las raíces célticas de su «Período III», esta fase ocupacional se corresponde –sin mayor precisión– con una estancia de muros rectos, pavimento de tierra batida y cal (cota 192.503), y cubierta de ramajes. Sin embargo, la excavación de 1996 nos ha permitido releer el registro de dicha fase y proponer, a su vez, su redefinición cultural. Sin negar la evidencia de la continuidad poblacional de este lugar, no pueden tampoco ignorarse ni minimizarse aquellos aspectos que de algún modo fracturan, quiebran o refractan la trayectoria sociocultural de este enclave en torno al 400 a.C. o poco después. Aunque parcialmente expuestas, nuestras razones en este sentido se fundamentan en la ya comentada destrucción con la que concluye la etapa precedente y, sobre todo, en la más que probable reorganización del hábitat, los cambios socioeconómicos y las novedades tecnoculturales que a partir de ahora se constatan en SPC-2; cambios que parecen afectar de un

en la región extremeña, donde este tipo de ánfora se encuentra bien representado en la práctica totalidad de los castros prerromanos conocidos (Rodríguez Díaz, 1987). Por su parte, la denominada cerámica «de cocción oxidante fina» ofrece también novedades notables tanto a nivel cuantitativo como cualitativo. Porcentualmente supera el 70% (73,43) del registro de esta etapa, lo cual equivale a un valor absoluto de 307 fragmentos. En el plano estrictamente técnico, destaca, junto a la calidad de sus pastas, la constatación de un engobe anaranjado y untuoso al tacto, aplicado a buena parte de las piezas recuperadas. Aunque la mayoría de éstas carecen de decoración, mención especial merecen tres fragmentos amorfos pintados con motivos geométricos de color rojo vinoso. Dos de ellos muestran sendos tramos de bandas paralelas de diferente grosor y el tercero, una doble serie de tres círculos concéntricos apenas visible. En definitiva, los motivos propios del horizonte ibero-turdetano (Escacena Carrasco, 1986), cuyos influjos en la región extremeña son suficientemente conocidos. En ese mismo contexto cultural encuentra los mejores paralelos el reducido repertorio de formas documentado. En concreto, se trata de tres urnas de borde de «pico de pato», una olla de borde simple exvasado y tres vasos de perfil en S. Como es de sobra conocido, ninguna de ellas proporciona por sí misma criterios de cronología absoluta en función del amplio desarrollo que dichas piezas alcanzan entre las postrimerías del siglo V a.C. y la Romanización.

Pero tal predominio de la «cerámica oxidada», que aglutina en sí las tradiciones alfareras orientalizantes y las novedades ibero-turdetanas, queda particularmente subrayada al comprobar el acusado descenso de la producción gris. Sin descartar que tal impresión pueda deberse a circunstancias contextuales, lo cierto es que tan sólo documentamos en esta Fase un par de fragmentos amorfos de esta categoría cerámica. Pero por encima del propio carácter anecdótico de dicha cifra, lo realmente significativo es que este estrepitoso retroceso de la producción gris se convierte en un argumento más de las transformaciones tecnoculturales y socioeconómicas que a partir del 400 a.C. se desencadenan en este lugar, en particular, y en la CMG, en general.

En este mismo sentido, cabría valorar, finalmente, los escasos datos faunísticos obtenidos en SPC-2. Dentro de su precariedad, no debe perderse de vista el ligero incremento de los ovicaprinos frente al ganado vacuno y el cerdo. Un incremento que, aunque tímido, podría significar el preludio de los cambios ganaderos propios de este horizonte. En cualquier caso, justo es admitir que tales aspectos o tendencias cobran su verdadera dimensión si se valoran conjuntamente con los registrados en la subfase inmediatamente posterior.

3.2.2. *Fase IVB. El Hierro II Pleno*

La información sobre esta etapa plena de la Segunda Edad del Hierro procede de las capas 4 y 5 de SPC-2. En la propuesta secuencial de Berrocal, este momento se corresponde con los «Niveles de ocupación IIIB y IIIC» (SPC/2 y SPC-1/2-3), datados entre mediados del siglo IV y pleno siglo II a.C. Como se recordará, a finales de este período situamos en SPC-2 el potente nivel de destrucción (Capa 4) que relacionamos con la presencia romana en esta zona. Pero antes de dicho episodio, conviene subrayar que esta Fase IVB parece corresponderse con un ambiente de almacén definido por estructuras rectilíneas entre las que se encuentra el denominado Muro 6 (Fig. 7). Dicha estructura, de unos 0,70 m. de espesor y con unas tres hiladas conservadas, a pesar de tener también una orientación NW-SE no se cimenta sobre construcciones anteriores, sino sobre la capa de nivelación que supone el estrato 6. Ya hemos mencionado el posible vasar que se le asocia, así como los restos muy perdidos, apenas perceptibles en el perfil oeste, de un pavimento de cal. Su reconstrucción sería, por tanto, la de una estancia de planta rectangular cubierta por un entramado vegetal y definida a partir de banquetas de piedra y paramentos de adobe. Resulta llamativo constatar, por tanto, una orientación similar a la de sus construcciones contemporáneas en SPC y SPC-1 (Berrocal Rangel, 1994-a: 161). Todo parece indicar que esta habitación documentada en 1996 es contigua o parte de la pavimentada con guijarros y cal (cota 193.143), publicada por Berrocal en 1994.

En función de los datos paleoambientales y económicos obtenidos en SPC-2, se infiere un entorno poblado esencialmente de manchas de encinares y alcornocales, si bien los altos porcentajes de herbáceas (sobre todo, *Poaceae*) evidencian un paisaje muy mediatizado por las actividades agropecuarias. De éstas tenemos constancia de un amplio muestreo de cereales carbonizados, entre cuyos restos se encuentran trigo y cebada (Grau, Hernández y Pérez, en este volumen). Por su parte, la fauna confirma el definitivo despegue de los ovicaprinos, en clara consonancia con lo que acontece por estas mismas fechas en el resto de la región. El número de restos de éstos alcanza los 70; una cifra muy superior a la de bóvidos (19) y cerdos (12). Ciervo (6), conejo (5) y liebre (3) son las únicas especies representadas de fauna salvaje.

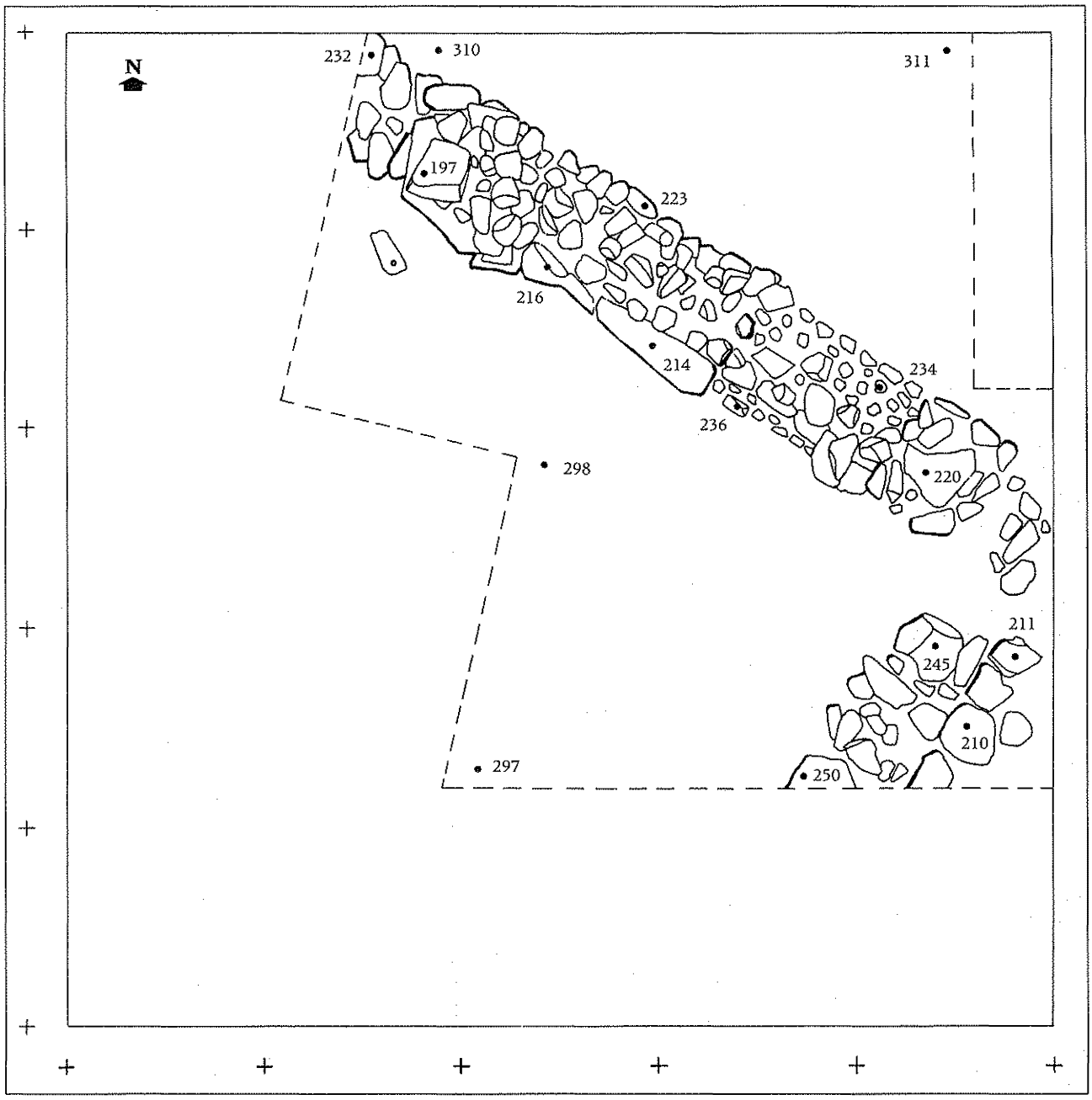

Figura 7.–Estructuras de la Fase IVB (Hierro II Pleno).

Respecto a la cultura material mueble, de nuevo el material cerámico es con diferencia el más abundante (Figs. 8 y 9). Intrusiones aparte, el total de fragmentos contabilizados alcanza justamente los 1.300. De ellos, algo más del 12% (12,03) es a mano y prácticamente el 88% (87,97) restante es a torno. En cualquier caso, la media global del Hierro II (Fases IVA y IVB) se sitúan alrededor del 15% para la producción modelada y el 85% para la torneada; porcentajes que, como ya apuntamos con anterioridad, reflejan un relativo resurgir de la cerámica a mano durante este período. Cifras aparte y a expensas de un estudio más detallado del registro obtenido, las categorías o grupos cerámicos reconocidos son los mismos que los de la subfase precedente: a mano, «cuidadas-semicuidadas» y «toscas»; y a torno, «de cocción oxidante» (toscas y finas) y «grises».

Las cerámicas a mano de mayor calidad (pastas semidepuradas, cocciones reductoras y espatulados o bruñidos superficiales) apenas superan los 70 frag-

mentos (74), que, en el conjunto de la muestra, equivalen al 5,67%. Morfológicamente, son pocos los elementos identificables dado el precario estado de conservación que ofrecen. Aun así, son dignos de mención determinados cuencos, tapas y vasos de perfil ovoide o ligeramente sinuoso que parecen réplicas de los encontrados en conjuntos cerrados tan significados de este ámbito como son Garvão (Beirão y otros, 1985) y Capote (Berrocal Rangel, 1994-b). Dicha relación la refuerzan algunos fragmentos amorfos con decoración inciso-impresa y aplicada que, cada vez más, se configuran como una de las singularidades tecnoculturales más relevantes del «círculo céltico» alentejano-extremeño. En concreto, los motivos decorativos referidos consisten en finos ziz-zags incisos o grafitados (ya documentados en la Fase IVA), hoyitos, círculos o pequeñas impresiones que indistintamente pueden ejecutarse sobre un pequeño cordón aplicado o de forma directa sobre la superficie del recipiente. Como la propia secuencia de Badajoz evidencia, son elementos que no tienen antecedentes claros en el sustrato de la región extremeña y, por el contrario, parecen estar más próximos a las tradiciones alfareras del mundo meseteño en un sentido amplio. Aparte de los citados casos de Capote y Garvão, dichas cerámicas están representadas en desigual proporción en Belén (Zafra), La Pepina (Fregenal de la Sierra), La Martela (Segura de León) o Los Castillejos-2 (Fuente de Cantos), castros todos ellos vertebrados por la cuenca del Ardila y con secuencias ocupacionales comprendidas entre comienzos del siglo IV a.C. y el I a.C. (Rodríguez Díaz, 1987; Berrocal Rangel, 1992). Sin embargo, dentro de la propia región extremeña, estas piezas no son exclusivas de dicho ámbito cronocultural, identificado con la «Beturia prerromana de los célticos», por cuanto recientemente han sido constatadas también en los castros vettones de Botija (Hernández y otras, 1989) y Aldeacentenera (Esteban Ortega, 1993). En clave similar, cabría valorar la presencia de gruesos cordones impresos sobre las toscas vasijas de almacén, si bien es cierto que las digitaciones son un tema añejo y recurrente en la alfarería protohistórica peninsular. De dicho grupo cerámico, poco más podemos añadir dado que la mayor parte de las piezas recuperadas (un total de 83 fragmentos equivalentes a poco más del 6% de la muestra) son inidentificables. En cualquier caso, el grosor de sus paredes y la deficiente calidad técnica que muestran nos sitúan de un modo inequívoco ante una producción especializada en el almacenaje y la cocina.

Dentro ya de la producción a torno, las cerámicas «de cocción oxidante» obligan de nuevo a diferenciar entre un subgrupo «tosco» y otro «fino». El primero incluye 781 fragmentos que representan casi un 60% (59,38) del volumen cerámico de esta Fase. Técnicamente son piezas elaboradas con arcillas poco depuradas, tonos oscuros o acastañado-rojizos, cochuras en ocasiones deficientes y simples alisados superficiales. Las formas más generalizadas se corresponden con grandes recipientes de almacén de borde exvasado, cuerpo ovoide y base plana. Son vasijas de 40 o 50 cm. de diámetro, cuyos bordes estrangulados permiten establecer variantes diversas. A ellas muy probablemente pertenezcan apenas una docena de fragmentos amorfos decorados con impresiones digitales sobre cordón o no, algunos trazos inciso-impresos y, sobre todo, grandes estampillados. Éstos se corresponden esencialmente con «rosetas», «escudetes» o matrices incompletas que poco aportan al repertorio de estampillados geométricos y figurados publicado por Berrocal. Como es de sobra conocido también, dichas piezas se vienen considerando, junto a las cerámicas a mano decoradas, como sólidos argumentos de las interrelaciones culturales que durante el Hierro II se desarrollan entre nuestra región, el Alentejo y La Meseta Norte (Rodríguez Díaz, 1987 y 1989; Berrocal Rangel, 1992 y 1994 a-b). Mención aparte dentro esta categoría cerámica merecen las ánforas, cuya calidad de pastas en ocasiones hace que las incluyamos dentro de la cerámica «oxidante fina». La mayor parte de los bordes registrados en esta subfase IVB son muy parecidos al documentado en la IVA; es decir, piezas de sección semicircular y tendencia entrante próximas, a su vez, al grupo C de Pellicer y al tipo V de Florido. Dichas ánforas son de perfil elipsoidal o fusiforme y conocen una amplia difusión por toda Andalucía Occidental entre finales del siglo V hasta el siglo III a.C.; fecha esta última que consideramos la más apropiada para nuestros ejemplares, suficientemente documentados en los castros extremeños.

La cerámica «de cocción oxidante fina» mantiene, en líneas generales, las mismas características técnicas de la subfase previa: arcillas depuradas, tonos medios, cocciones uniformes y cuidados acabados que incluyen un denso y untuoso engobe anaranjado. En términos cuantitativos esta etapa marca un notable retroceso de este grupo cerámico que, con 314 fragmentos, representa justo el 24% de la muestra, si bien la media global de este horizonte roza la mitad del registro (48,36%). Las formas más representativas siguen siendo las de tamaño medio: urnas, cuencos y platos de borde saliente. Entre las primeras, sobresalen de nuevo las de borde de «pico de pato», quedando en un segundo plano las de

borde simple, los vasos de perfil en S y algún ejemplar aislado de vasija de cesta y una jarra. Por su parte, los cuencos hemiesféricos nos sitúan ante formas claramente evolucionadas de los perfiles orientalizantes y post-orientalizantes. En concreto, nos referimos a la desaparición definitiva de las piezas de borde engrosado al interior, la generalización de las de borde simple y la presencia discreta de bordes apuntados o levemente engrosados al exterior. En este mismo sentido, cabe valorar la aparición de las primeras bases anulares asociadas a estos recipientes, si bien las umbilicadas son aún mayoritarias. Por último, referir el conjunto de cuatro fragmentos asociables de platos de borde saliente de los que resulta imposible realizar mayores precisiones dado su precario estado de conservación. A pesar de ello, es evidente que dichas formas, en su globalidad, participan de los criterios tecnoculturales que inspiraron los «productos oxidados» del sur peninsular entre los siglos V-IV a.C. y la Romanización (Escacena Carrasco, 1986). Tales vínculos quedan igualmente de manifiesto en la decena de piezas y fragmentos decorados (0,77%) con motivos geométricos pintados en rojo vinoso: bandas paralelas de diferente grosor, series de círculos o semicírculos concéntricos o cabelleras que, de forma independiente o asociados entre sí, subrayan el significado cultural de este grupo cerámico. A escala regional, dicho repertorio formal y decorativo encuentra pleno acomodo en la fases IB de Los Castillejos de Fuente de Cantos, la II de Belén, la I de la Tabla de las Cañas, el Nivel 3 de Capote y el período IVB-C de Medellín, en la provincia de Badajoz. Al norte del Guadiana, son referentes obligados los hallazgos de Botija y Aldeacentenera, donde la producción pintada alcanza notables porcentajes (Cabello Caja, 1991-92).

El último comentario, como siempre, está dedicado a la producción gris. Aunque técnicamente mantiene sus principales rasgos de calidad, porcentualmente es un grupo residual. En concreto, los fragmentos recuperados son 47, equivalentes al 3,60% de la alfarería de esta Fase. Morfológicamente, la formas más representadas es el cuenco hemiesférico de borde simple o levemente apuntado. A dicho recipiente se asocian un par de bases anulares y pie indicado que subrayan el carácter evolucionado de esta producción. La escasez de urnas, vasos de perfil en S o platos de borde saliente cabe interpretarse como circunstancial. Fuera así o no, lo cierto es que nos encontramos ante una categoría cerámica en franco retroceso en la mayor parte de los castros prerromanos excavados, si bien no hay que ignorar la importancia que alcanza en puntos como Belén o Segura de León (Hernández Carretero, 1995). Algunas fusayolas y fragmentos diversos de hierro o restos de fundición completan el registro de esta fase ocupacional, cuyo análisis histórico sintetizamos a continuación.

En contra de la imagen de estabilidad poblacional que ofrecen las potentes estratigrafías de Badajoz o Medellín, el Hierro II en la región extremeña conlleva una profunda reorganización territorial y cultural respecto al efímero y singular «modelo post-orientalizante» *(vid. supra)*. Fuera del ámbito peculiar que es el Valle del Guadiana, a partir del siglo IV a.C., se advierte con especial nitidez la configuración de los tres grandes círculos etnoculturales que vertebran el desarrollo de este último tramo de la «protohistoria extremeña»: el «vettón-lusitano», el «céltico» y el «túrdulo». Como es sobradamente conocido, el primero se localiza en torno al tramo extremeño del Tajo; el segundo ocupa las tierras occidentales de la provincia de Badajoz y buena parte del Alentejo portugués (cuencas del Sado-Guadiana y Ardila); y, finalmente, el tercero se centra en la mitad oriental de Badajoz y el norte cordobés (cuenca del Zújar). En todos ellos, la célula básica del poblamiento es el «castro»; es decir, ocupaciones entre 0,5 y 4 Ha. de superficie, protegidas con uno o dos recintos amurallados y localizadas sobre discretos cerretes, por lo general no ocupados durante la primera mitad del I^{er}. milenio a.C. Los entornos de dichos asentamientos son particularmente propicios para el desarrollo de la ganadería y/o la metalurgia del hierro y, en menor grado, para la agricultura. Así parece argumentarlo también el registro paleoeconómico y arqueológico obtenido en puntos como Alcántara, El Jardinero, Botija y Aldeacentenera, en el ámbito lusitano-vettón; Belén, Capote, Los Castillejos-2 y La Martela, en el área céltica; y la Tabla de las Cañas, en el sector túrdulo (Rodríguez Díaz, 1995-a). El registro faunístico procedente de dichos asentamientos revela, en la mayor parte de los casos, un importante cambio en las pautas de gestión ganadera respecto al Bronce Final y Orientalizante. Como P.M. Castaños recoge en el trabajo incluido en este mismo volumen, uno de los rasgos más destacados de este período pleno del Hierro II es el gran desarrollo que alcanzan los ovicaprinos, frente al ganado vacuno o las restantes especies domésticas y salvajes. Un panorama que contrasta con el claro predominio del ganado vacuno (utilizado de forma generalizada como fuerza de tracción en el trabajo de la tierra) en la mayor parte del Suroeste peninsular entre los siglos VIII-VI a.C. Respecto a alcance de la agricultura desarrollada durante el Hierro II Extremeño,

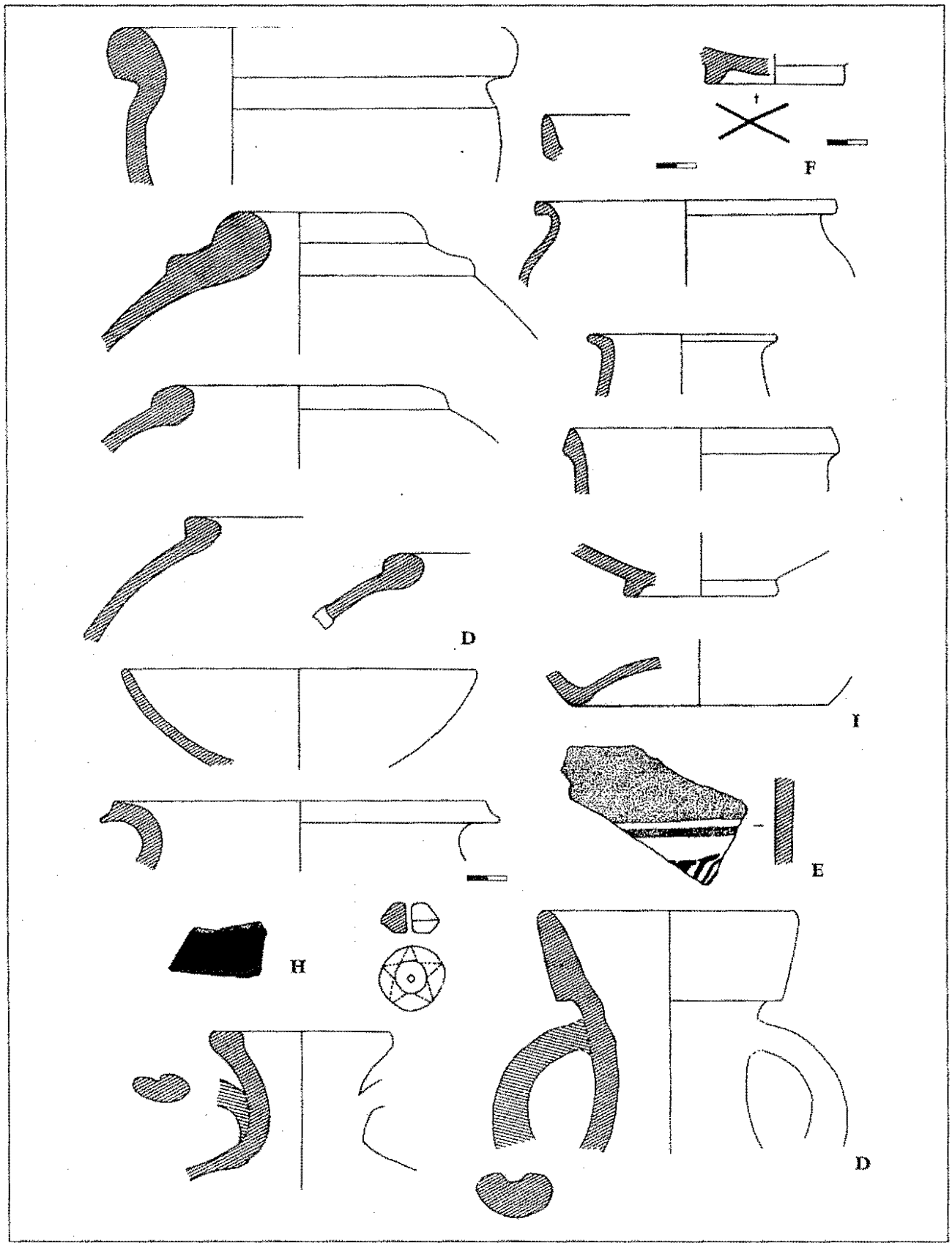

Figura 10.–Vasos cerámicos a torno toscos (D), oxidantes (E), grises (F), campanienses (H) y comunes romanos (I) de la Fase V (Romano).

tatada en algunos de los castros excavados. Finalmente, la producción «oxidante fina» acaricia el 17% de la producción global, equivalente justamente a 233 fragmentos. Aunque su aspecto externo la identifica fácilmente, su calidad se resiente notablemente durante esta etapa. Las arcillas contienen desgrasamente medios, las cocciones algo más descuidadas propician a veces fracturas poco uniformes y se da un verdadero abuso del engobe anaranjado con el que se rematan las piezas. Urnas, cuencos y platos de borde saliente siguen siendo las formas mejor representadas y los más claros exponentes de las pervivencias culturales del Hierro II. Más concretamente, las variantes constatadas nos remiten a vasijas de borde simple o evolucionado «pico de pato», vasos de perfil en S y cuencos hemiesféricos de borde simple y base anular, que arrinconan definitivamente los fondos umbilicados. Por último, entre los platos destaca alguna pieza de cuerpo redondeado, de tipología igualmente evolucionada. Los fragmentos decorados apenas rebasan la docena y, como en la fase anterior, nos sitúan a bandas paralelas de distinto grosor en ocasiones asociadas a series de ondulaciones, círculos o semicírculos concéntricos. El pigmento utilizado habitualmente es el característico rojo vinoso de esta producción, ya en franco retroceso.

En cambio, la cerámica gris parece conocer un cierto resurgir durante este horizonte en función de los 105 fragmentos contabilizados (7,68%). En cualquier caso, obligado es precisar que no se trata ni mucho menos de la producción uniforme de épocas pasadas, por cuanto en ella incluimos piezas de calidades muy dispares. En cualquier caso, las mejores mantienen la fineza de sus pastas, la homogeneidad de sus cochuras o el cuidado de sus acabados. Las formas de tradición indígena se restringen a alguna urna de borde vuelto o vaso de perfil en S y, sobre todo, los cuencos de cuerpo semiesférico. Signo claro de la tipología evolucionada de éstos últimos es el predominio de sus bases anulares de pie indicado que las aproxima, sin duda, a determinadas importaciones. De hecho, hemos de significar la presencia de verdaderos perfiles pseudocampanienses que con notable fidelidad reproducen formas tan características como las Lamboglia 1A y 5a. A escala regional, los mejores referentes de dichas piezas, fechables en pleno siglo I a.C., se encuentran en las fases republicanas de los castros extremeños y, sobre todo, en los *oppida* de Miróbriga, Nertóbriga y Hornachuelos (Hernández Carretero, 1995). Fuera de nuestra región, estos productos pseudocampanienses son bien conocidos en Ibiza (Del Amo, 1970), el País Valenciano (Bonet y Mata, 1988) o Andalucía (Ventura, 1985).

Dentro de la producción romana propiamente dicha, los valores más altos corresponden obviamente a la «cerámica común». El total de fragmentos considerados como tales es de 456, que equivalen al 33,33% del total cerámico asociado a esta Fase. Las características técnicas de esta producción la hacen fácilmente reconocible: arcillas de calidad diversa, tonos oscuros, cocciones irregulares, texturas abizcochadas y superficies simplemente alisadas. Con relativa frecuencia, se constatan piezas con el borde ahumado. Las formas registradas responden perfectamente a los grupos de «cocina», «almacén» y «mesa» establecidos por M. Vegas (1973). Del primero, sobresalen las ollas de borde vuelto y sección triangular o simple (tipo 1) y las de borde con ranura para tapadera (tipo 1A), las propias tapaderas con o sin el borde ahumado (tipos 16-17), además de algún fragmento de vaso de borde horizontal (tipo 4) y de plato de borde bífido (tipo 14). Entre las «vasijas para conservar provisiones» o «de almacén», destaca algún ejemplar de dolia con el borde engrosado al interior, encuadrable en la forma 49. Por último, las «piezas de mesa» se reducen a los cuencos hemiesféricos de borde ahumado (tipo 16) y algunos fragmentos amorfos y bases asimilables a cubiletes o vasos para beber de paredes finas de cronología republicana y altoimperial.

Grupo aparte lo forman las ánforas y un reducido lote de piezas de «pasta blanca» de difícil clasificación (fragmentos de lucernas y jarras). El material anfórico, de arcillas finas y engobes blancuzcos o amarillentos, rebasa ligeramente el 6,5% de la producción cerámica de esta Fase (91 fragmentos). A pesar de ello, las formas identificadas se reducen a tres piezas, encuadrables en los tipos 50 (Dressel 1), 54 (Oberaden 82) y 55 (Dressel 20-Oberaden 83) de Vegas. Como es de sobra conocido, el primero se relaciona con ánforas vinarias de cronología republicana y constituye uno de los elementos delimitadores del período que nos ocupa. El segundo, de cronología próxima al anterior, se relaciona indistintamente con el transporte de salazones, olivas y aceite. Por último, el tercero se asocia de forma clara con ánforas olearias de cuerpo esférico y borde en forma de bastoncillo, cuya cronología se prolonga hasta época imperial. Una fecha esta última a la que nos remite también un pequeño fragmento de paredes finas con decoración de «perlitas» (Mayet, 1975).

Finalmente, el conjunto de piezas importadas se reduce apenas a 18 trozos cerámicos, equivalentes al 1,32% del registro. En orden de antigüedad, desta-

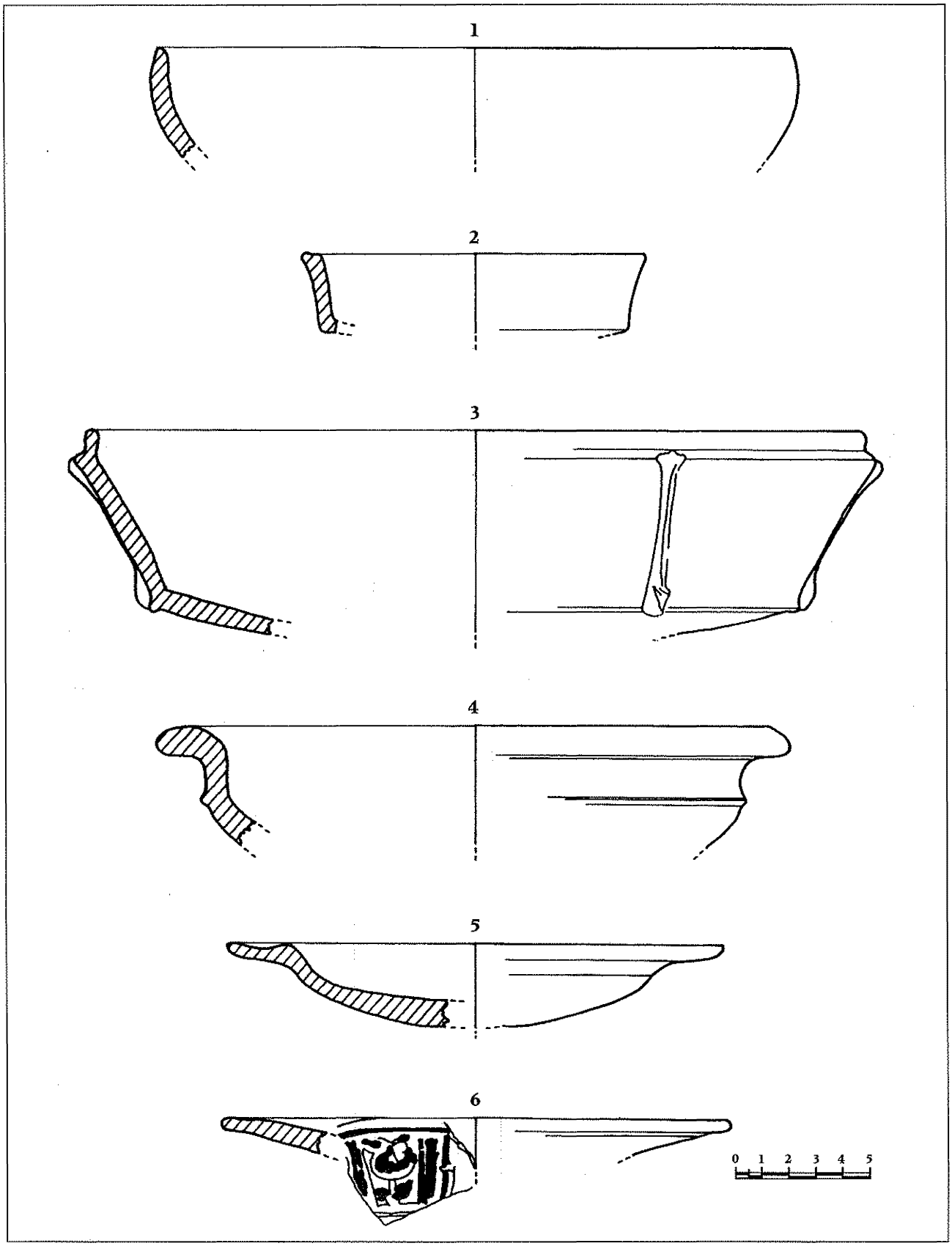

Figura 11.–Cerámica Fase VI. Nivel de Superficie y Nivel I.

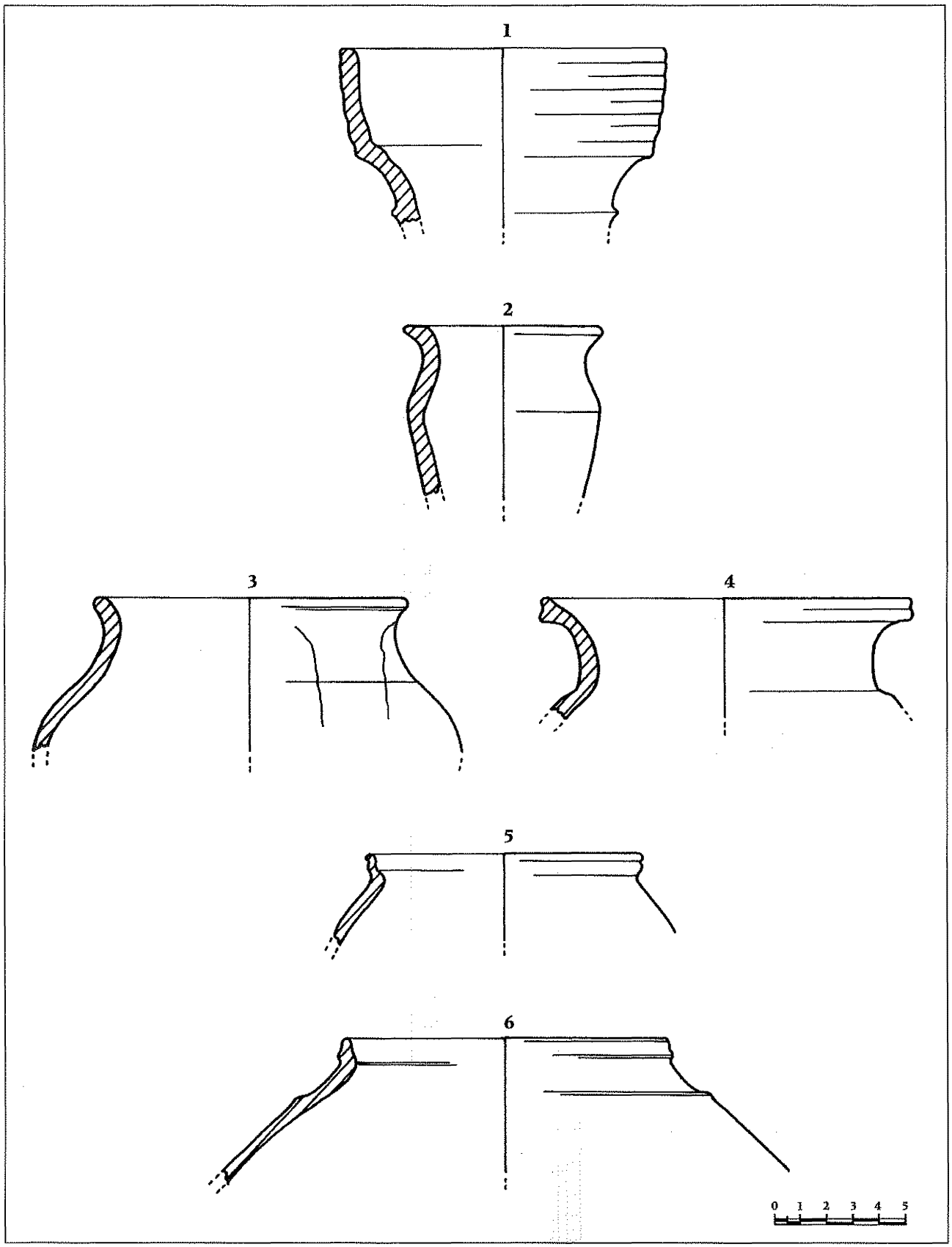

Figura 12.–Cerámica Fase VI. Nivel I.

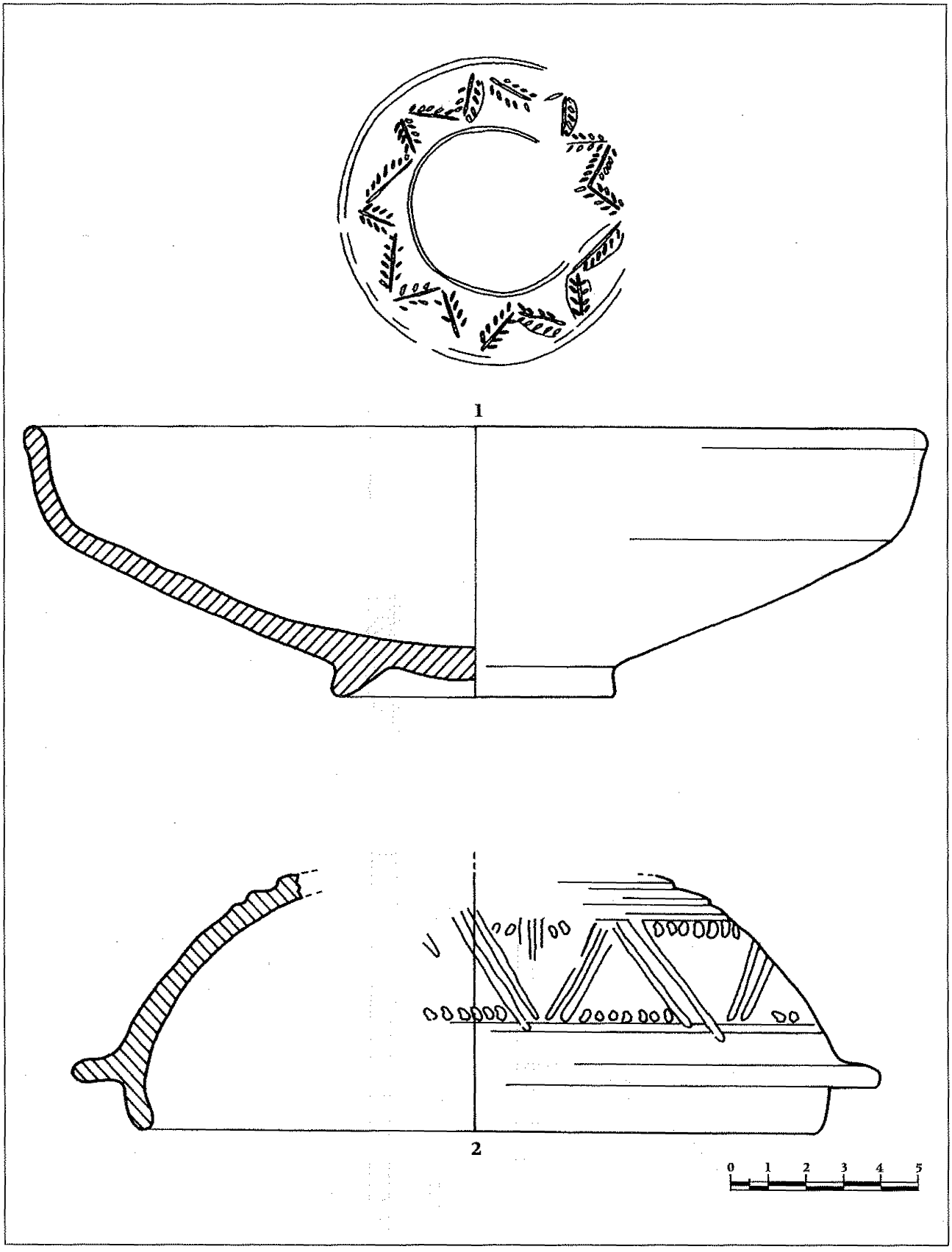

Figura 13.–Cerámica Fase VI. Nivel I.

pensar, en el contexto del SPC-2, en una intrusión accidental. Sin embargo, su aparición en otros yacimientos sudoccidentales dentro de niveles de los siglos XII-XIII –Jerez de la Frontera (Cádiz) (Fernández Gabaldón, 1986: 347, 349)– podría estar indicando una pervivencia de esta técnica, cuando las cubiertas de vedrío blanco habían ya comenzado a generalizarse. En el marco cerámico de la Alcazaba de Badajoz constituirían el último vestigio de una producción que había alcanzado su cénit durante el siglo XI y primeros años del XII. Como conclusión lógica de todo eso puede asegurarse, sin la menor duda, que la Fase VI del SPC-2 se sitúa dentro del período almohade y, en términos de datación, entre la segunda mitad del siglo XII y 1230, momento de la conquista leonesa de la ciudad, aunque pueda aceptarse un cierto margen de pocos años a ambos lados de esa banda temporal para permitir la incorporación y extinción de los tipos cerámicos en uso.

El horizonte medieval (Fase VI) del Sector de la Puerta de Carros supone un avance substancial en el conocimiento de la secuencia arqueológica de la Alcazaba de Badajoz. Por primera vez se ha podido documentar intacto un espacio de hábitat andalusí con una datación precisa entre la segunda mitad del siglo XII y la primera del XIII o, lo que es lo mismo, en el período almohade. Uno de los problemas más difíciles de solucionar en el yacimiento ha sido, y sigue siendo, la localización de niveles islámicos intactos. De hecho, un sitio cuyos orígenes históricos aparecen asociados al Islam ha conservado una superposición arquitectónica que permite trazar sin demasiados problemas su secuencia defensiva, pero, paradójicamente, carecemos de información suficiente para reconstruir el contexto material que acompaña a cada una de aquellas fases. La única que ha podido ser estudiada hasta la fecha con cierto detalle corresponde al siglo XI –período taifa–, gracias a la excavación de una parte del llamado Arrabal Oriental (Valdés Fernández, 1985 y 1986-a). Para los momentos anteriores, a partir de la teórica fundación de la fortaleza en el 875, y para los posteriores, entre 1094 y 1230, carecíamos de cualquier contexto material identificable y datable sin margen de duda. El SPC-2 ha venido a llenar parcialmente ese vacío, en lo que a la secuencia estratigráfica se refiere, si bien, todavía quedan varias casillas por completar. Falta conocer el contexto material entre el momento de la fundación de Badajoz y el período taifa.

Si aceptamos la, hoy por hoy, indiscutible falta de continuidad entre el horizonte material de la romanización –Niveles IIIc y IIId = 150 a.C.-50 d.C.– y la creación de un emplazamiento fortificado en lo alto del Cerro de la Muela, tal como lo refieren las fuentes escritas (Valdés Fernández, 1987) resultaría que los primeros vestigios muebles recogidos y fechados con certeza podrían datarse entre la primera veintena del siglo XI y mediados del XII (Valdés Fernández, 1986-a y 1996), aproximadamente, lo que es a todas luces imposible. Sin duda alguna nos hallamos ante un vacío artificial, achacable sólo a la casualidad. Una parte muy destacada en la justificación de este vacío la juegan la gran extensión del perímetro amurallado, su cualidad de parque, los grandes movimientos de tierra llevados a cabo para mejorar la poliorcética del sitio y, sobre todo, la imposibilidad de investigar el subsuelo en la zona meridional, ocupada por el edificio del Hospital Militar, cuyo uso se ha mantenido hasta fechas muy próximas.

Sin embargo, la no localización de estratos islámicos susceptibles de fecharse en términos siquiera relativos no puede achacarse sólo al azar, sino a la propia evolución del hábitat humano medieval sobre la superficie del cerro y, en última instancia, a la propia dinámica constructiva del recinto, que fue evolucionando no sólo por adición de elementos a los ya existentes en la primera cerca, sino por ampliación –en la fase almohade–, redistribuyendo la funcionalidad de los espacios interiores. Varios autores árabes nos han legado descripciones de las obras de fortificación acometidas en la Alcazaba desde el momento mismo de su fundación (Valdés Fernández, 1987), pero no siempre es fácil colegir a partir de los textos escritos, con frecuencia elaborados con datos indirectos, el grado de modificación sufrido por el recinto amurallado en cada momento. Sí puede afirmarse, dejando para otro lugar su justificación detallada, que el apelativo «almohade» tradicionalmente asignado a los muros batalyusíes (Torres Balbás, 1941) sólo es aceptable parcialmente. Una parte muy apreciable de la cerca debe atribuirse a momentos anteriores y sólo el extremo norte –entre la Puerta de Carros y el tercio septentrional del flanco oriental– puede considerarse erigida en su mayor parte durante la segunda mitad del siglo XII. El análisis de los muros en ese sector revela la existencia de un único criterio constructivo y una identidad de soluciones técnicas. En otras palabras, resulta casi obligado aceptar que los califas almohades ampliaron el recinto de nuestra alcazaba y levantaron de nueva planta todo el largo lienzo susodicho. Eso conllevaría la existencia de un muro anterior para cerrar el flanco septentrional de la fortaleza. Se apoyaría éste en un escalón rocoso

perceptible en algunos lugares y hubo de ser derribado en el momento de la ampliación.

Aunque nada hemos podido exhumar de ese primitivo muro exterior, la transformación almohade de la Puerta de Carros (Valdés Fernández, 1986-b: 575 y 1996), para darle estructura acodada, y la orientación de sus lienzos, tanto los de la primera fase –siglo XI–, como los de la segunda, dan naturaleza de hipótesis fundada, no sólo de elucubración arbitraria, a la existencia del antiguo muro norte. Teniendo en cuenta esas circunstancias, el afloramiento en el SPC-2 de vestigios de hábitat, por exiguos que sean, fechables, como hemos visto, en el período almohade presupone la existencia de zonas de habitación en el interior del recinto amurallado. Eso, sin constituir ningún motivo de sorpresa en el contexto del urbanismo andalusí, estaba por demostrar en nuestra alcazaba. Sólo los vestigios de un silo (Valdés Fernández, 1985: 42-43), reutilizado después como basurero, según costumbre documentada en otros yacimientos (Fernández Ugalde, 1994), podían se aducidos como evidencia complementaria, si bien su localización y la cronología de sus materiales de relleno hacen suponer, a tenor de lo dicho, su ubicación primitiva a extramuros de la fortaleza.

4. CONCLUSIONES Y PERSPECTIVAS

Entre las aportaciones que en los últimos años nos está brindando la investigación arqueológica extremeña, sin duda una de las más destacables es esa tendencia hacia la evaluación diferencial de los procesos protohistóricos; más allá del descubrimiento o el cambio de orientación de determinadas problemáticas, algunas de las cuales son tratadas en esta misma obra. Así, la consideración de esta región como un espacio articulado en personalizadas comarcas, un escenario variopinto, dota al estudio de las huellas del hombre de una atractiva dificultad. En este marco de diversidad, los comportamientos culturales matizados se articulan naturalmente, como seña de identidad misma, en la «protohistoria extremeña». A lo largo de las páginas precedentes se ha pretendido contribuir a dicho acercamiento a la variada realidad extremeña a partir de la definición de un territorio concreto, el VMG, y del seguimiento de uno –posiblemente el más determinante– de sus patrones de asentamiento: el poblado de vado en alto. Los vados y las tierras han constituido en esta zona, desde tempranas etapas, el epicentro de la ocupación humana, siendo el verdadero telón de fondo no ya de los movimientos humanos o los conflictos, sino especialmente del propio poblamiento y sus logros más destacados. En todo este entramado, yacimientos como el que aquí nos ocupa, el Cerro de la Muela de Badajoz, juegan un papel determinante tanto en cuanto son referentes paisajísticos y enclaves de valor absoluto en todo tiempo. Es por ello que, como se ha tratado de subrayar, su ocupación continuada no resulta extrapolable a otros enclaves, inclusive, del mismo Valle. De ahí que nos hallamos visto obligados a diferenciar sus lecturas verticales y horizontales. Así, este tipo de yacimientos llega a ser muy valioso para contrastar las secuencias crono-culturales; esto es, ofrecen una magnífica radiografía sobre la dinámica cultural, y en ocasiones las orientaciones paleoeconómicas, de los grupos humanos allí asentados en todas las épocas... de ahí que la evaluación de este aspecto haya sido asumida a partir del estudio de la estratigrafía de SPC-2. Sin embargo, el comportamiento ocupacional en las distintas épocas no puede seguirse exclusivamente a partir de la observación este tipo de poblados, siendo necesario el seguimiento a una escala más amplia, en una lectura horizontal que atienda a la distribución sobre el espacio comarcal. Esta segunda orientación, enmarcada en el poblamiento del propio Valle, e incluso de la CMG, también ha tratado de reflejarse en este trabajo.

Desde la diversidad que encierra la dialéctica «Valle-Cuenca», la aproximación a la ocupación protohistórica (e incluso medieval) de Badajoz alcanza una nueva dimensión que, a su vez, aporta una imagen algo diferente de la visión uniforme y homogénea que la investigación había ofrecido hasta hoy de la «protohistoria extremeña». Por encima de controversias terminológicas sobre su consideración como *oppidum* o «castro», a la luz de los resultados expuestos parece claro que nos encontramos ante un tipo de asentamiento característico de un entorno eco-cultural, el VMG, cuya dinámica socio-cultural fosilizada en amplias estratigrafías difiere notablemente con lo registrado en ámbitos inmediatos como los estudiados en la propia CMG o en la «Penillanura Cacereña» (Cuenca Media del Tajo). Pero, sobre todo, tales contrastes en buena medida obligan a conjugar dos principios en el análisis histórico, en no pocos casos utilizados de forma excluyente, como son la «continuidad» y la «ruptura» cultural. Continuidad y discontinuidad culturales no solo referidas a los patrones poblacionales, sino también a los episodios traumáticos que como los registrados en la propia secuencia de Badajoz no deben ser minimizados, por cuanto en ellos pudieran esconderse claves importantes para desentrañar la personalidad de este complejo y diverso territorio.

BIBLIOGRAFÍA

ALMAGRO GORBEA, M. (1977): «El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura». *Bibliotheca Prehistórica Hispana*, XIV.

– (1990): «El Período Orientalizante en Extremadura». *La Cultura tartésica y Extremadura. Cuad. Emeritenses*, 2, Mérida, 85-126.

ALMAGRO GORBEA, M. y MARTÍN BRAVO, A.M. (1994): «Medellín 1991. La ladera norte del Cerro del Castillo». *Castros y oppida en Extremadura. Complutum Extra*, 4, 77-127

AUBET SEMMLER, M.E. (1990): «El impacto fenicio en Tartessos: las esferas de interacción». *La Cultura Tartésica y Extremadura*, Mérida, 31-44.

– (1995): «From Trading Post to Town in the Phoenician-Punic World». *Social Complexity and the Development of Towns in Iberia. Proceedings of the British Academy*, 86, 47-65.

AZUAR, R. (1989): *Denia islámica. Arqueología y poblamiento*. Alicante.

BARRIENTOS ALFAGEME, G. (1985): «Introducción geográfica a la historia de Extremadura». *Historia de Extremadura*, I (Coord. Rodríguez, A.), 13-60.

– (1990): *Geografía de Extremadura*.

BEIRAO, C.M.; TAVARES DA SILVA, C.; SOARES, J.; VARELA GOMES, M. y VARELA GOMES, R. (1985): «Depósito votivo da II Idade do Ferro de Garvao. Noticia da primera campanha de escavasoes». *O Arqueólogo Portugués*, vol. 3, série IV, 45-135.

BELTRÁN LLORIS, M. (1990): *Guía de la Cerámica romana*. Zaragoza.

BERROCAL RANGEL, L. (1992): «Los pueblos célticos del Suroeste». *Extra 2 Complutum*, Madrid.

– (1994-a): «El *oppidum* de Badajoz». *Castros y* oppida *en Extremadura. Extra 4 Complutum*, 143-187.

– (1994-b): *El altar prerromano de Capote*. Madrid.

– (1995): «Indoeuropeos, célticos y celtíberos en el territorio extremeño». *Arqueología en Extremadura: 10 años de descubrimientos. Extremadura Arqueológica*, IV, 123-149.

BONET, H. y MATA, C. (1988): «Imitaciones de cerámica campaniense en Edetania y Contestania». *Archivo Español de Arqueología*, 61, 5-39.

BORREGO M. (1994): «Técnicas decorativas». En: *El Castillo del Río (Aspe, Alicante). Arqueología de un asentamiento andalusí y la transición al feudalismo (siglos XII - XIII)*, Ed. Rafael Azuar, Alicante.

CABELLO CAJA, R. (1991-92): «Las cerámicas pintadas de la Segunda Edad del Hierro en el Valle Medio del Tajo». *Norba*, 11-12.

CABO ALONSO, A. (1979): «Introducción geográfica». *Tierras de España. Extremadura* (Coord. Azcárate, J.M., y otros), 11-47.

CANTO DE GREGORIO, A. (1991): «Noticias arqueológicas y epigráficas de la Beturia Céltica». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Univ. Autónoma de Madrid*, 18, 275-298.

CARO BELLIDO, A. (1989): *Cerámica gris a torno tartesia*. Cádiz.

CASTAÑOS UGARTE, P.M. (E.p.): «Estudio de la fauna de la Alcazaba de Badajoz. El Corte SPC-2».

CELESTINO PÉREZ, S. (1989): «El poblado calcolítico de Santa Engracia, Badajoz». *Revista de Estudios Extremeños*, 45, 143-187.

– (1996). *El Palacio-Santuario de Cancho Roano*. Mérida-Badajoz.

DEL AMO Y DE LA HERA, M. (1970): «La cerámica campaniense de importación y las imitaciones campanienses de Ibiza» *Trabajos de Prehistoria*, 27, 201-256.

DEVESA ALCARAZ, J.A. (1995): «El territorio». *Vegetación y flora de Extremadura* (Coord. Devesa, J.A.), 17-20.

ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J. (1989-90): «Sobre algunos poblados del Bronce Final de la Provincia de Badajoz». *Norba*, 10, 41-57.

– (1990-a): «El Calcolítico o Edad del Cobre de la cuenca extremeña del Guadiana: los poblados». *Publicaciones del MAPB*, 2.

– (1990-b): «El Bronce Final extremeño y su relación con la Cultura Tartésica». *La Cultura Tartésica y Extremadura. Cuadernos Emeritenses*, 2, 63-84.

– (1995): «Del Paleolítico a la Edad del Bronce». *Arqueología en Extremadura: 10 años de descubrimientos. Extremadura Arqueológica*, IV, 13-34.

– (1997-a): «Vestigios neolíticos de la Cuenca Media del Guadiana (provincia de Badajoz.)». *I Congrés del Neolític a la Península Ibèrica. Gavà-Bellaterra, 1995. Rubricatum*, 1, 689-696.

– (1997-b): «La Mérida prerromana y el poblamiento pre y protohistórico de su comarca». *Mérida. Ciudad y Patrimonio*, 1, 29-43.

ENRÍQUEZ, J.J. y DOMÍNGUEZ, C. (1984): «Yacimientos pre y protohistóricos de Badajoz y sus alrededores». *Revista de Estudios Extremeños*, XL, III, 5-22.

ENRÍQUEZ, J.J. y JIMÉNEZ, E. (1989): *Las tierras de Mérida antes de los romanos (prehistoria de la comarca de Mérida)*.

ENRÍQUEZ, J.J.; RODRÍGUEZ, A. y PAVÓN, I. (E.p.): *El Risco. Excavación de urgencia en Sierra de Fuentes (Cáceres). 1991 y 1993*.

ESCACENA CARRASCO, J.L. (1986): *Cerámicas a torno pintadas andaluzas de la Segunda Edad del Hierro*. Tesis Doctoral, Ed. microfichas, Universidad de Sevilla, Sevilla.

– (1987): «El poblamiento ibérico en el Bajo Guadalquivir». *Iberos. Actas sobre las I Jornadas sobre Mundo Ibérico*, Jaén, 1985, 273-298.

ESTEBAN ORTEGA, J. (1993): «El poblado y necrópolis de La Coraja. Aldeacentenera, Cáceres». *El proceso histórico de la Lusitania Oriental en época prerromana. Cuadernos Emeritenses*, 7.

FAJARDO, J.L. (1993): «El clima en Extremadura». *Extremadura, el último paraíso* (Dir. Blanco, F.R.), 33-48.

FERNÁNDEZ GABALDÓN, S. (1986): «Aproximación al estudio de un lote de cerámicas de vedrío blanco en Jerez de la Frontera (Calle de la Encarnación)». En: *Actas del I^er Congreso de Arqueología Medieval Española*, Zaragoza, 343-362.

FERNÁNDEZ JURADO, J. (1987): «EL poblamiento ibérico en Huelva». *Iberos*, Jaén, 315-326.

– (1988-89): «Tartessos y Huelva». *Huelva Arqueológica*, X-XI, 1.

FERNÁNDEZ UGALDE, A. (1994): «El fenómeno del relleno de silos y la implantación del feudalismo en Madrid y en el reino de Toledo». En: *Actas del IV Congreso de Arqueología Medieval Española*, Alicante, t. III, 611-617.

FLORIDO LARAÑA, P. (1987): *La Minería en Extremadura*. Junta de Extremadura.

FLORIDO NAVARRO, C. (1984): «Ánforas prerromanas sudibéricas». *Habis*, 15, 419-436.

GALLARDO, J.F.; SAAVEDRA, J. y GONZÁLEZ, M.I. (1993): «Geología y suelos de Extremadura». *Extremadura, el último paraíso* (Dir. Blanco, F.R.), 49-72.

GARCÍA, A. (1995): «Los suelos». *Vegetación y flora de Extremadura* (Coord. Devesa, J.A.), 49-78.

GARCÍA-HOZ ROSALES, M.C. y ÁLVAREZ ROJAS, A. (1991): «El Torrejón de Abajo, Cáceres». *Extremadura Arqueológica*, II.

HERNÁNDEZ CARRETERO, A.M. (1995): *Estudio de las relaciones culturales durante la II Edad del Hierro en la Cuenca Media del Guadiana: la cerámica gris*. Cáceres.

– (E.p.): «Estudio palinológico de la Alcazaba de Badajoz. El Corte SPC-2».

HERNÁNDEZ, F.; RODRÍGUEZ, M.D. y SÁNCHEZ, M.A. (1989): *Excavaciones en el castro de Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres)*. Mérida.

HERNÁNDEZ GIMÉNEZ, F. (1967): «Los caminos de Córdoba hacia Noroeste en época musulmana». *Al-Andalus*, 32, 37-123.

JÚDICE GAMITO, T. (1981): «A propósito do castro de Segovia (Elvas). Resistência a Roma no Sodoeste peninsular». *Historia*, 29, 32-43.

LAFUENTE, P. (1995) «La cerámica almohade en Sevilla». En: *El último siglo de la Sevilla islámica (1147-1248)*, Ed. Magdalena Valor, Sevilla, 285-301.

LÓPEZ, R.; SÁNCHEZ, J.L. y GARCÍA, S. (1984): «El bronce de Alcántara. Una deditio del 104 a.C.». *Gerion*, 2.

LORRIO ALVARADO, L.A. (1988-89): «Cerámica gris orientalizante de la necrópolis de Medellín (Badajoz)». *Zephyrus*, XLI-XLII, 283 ss.

MALUQUER DE MOTES, J. (1981): «El santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz». *Andalucía y Extremadura*, Barcelona, 255 y ss.

MAPA (1968): *Explicación del Mapa Provincial de Suelos de Badajoz*. Instituto Nacional de Edafología y Agrobiología «José María Albareda», CSIC (Dir. Guerra, A., y Monturiol, F.), Diputación Provincial de Badajoz.

MAPA (1987): *Mapa Geológico de España (1:200.000). Villarreal-Badajoz*. 58-59, IGME.

MAPA (1992): *Guadiana. Confederación Hidrográfica*. Escala 1:400.000.

MAYET, F. (1975): *Les céramiques à parois fines dans la Péninsule Ibérique*. París.

MERIDETH, C. (1996): *An Archaeimetallurgical Survey for Ancien Tin Mines and Smelting Sites in Spain and Portugal within the Mid-Central Western Iberian Geographical Region. 1990-1995*. Tesis Doctoral inédita, Universidad de Londres, enero, 1996

PAVÓN SOLDEVILA, I. (1991-92): «La Solana del Castillo de Alange: una propuesta de secuencia cultural de la Edad del Bronce en la Cuenca Media del Guadiana». *Norba*, 11-12, 75-98.

– (1994): *Aproximación al estudio de la Edad del Bronce en la Cuenca Media del Guadiana: La Solana del Castillo de Alange (1987)*. Institución Cultural «El Brocense», Diputación Provincial de Cáceres.

– (1995-a): *El tránsito del II al I milenio a.C. en las cuencas medias de los ríos Tajo y Guadiana: la Edad del Bronce*. Tesis Doctoral Inédita, F. Filosofía y Letras, UEX.

– (1995-b): «La Edad del Bronce». *Arqueología en Extremadura: 10 años de descubrimientos. Extremadura Arqueológica*, IV.

– (1995-c): «Bases estratigráficas para una revisión cronológica del Bronce del Suroeste: El Corte 3 de La Umbría del Cerro del Castillo de Alange (Badajoz)». *Homenaje a Milagro Gil-Mascarell. Extremadura Arqueológica*, V, 81-96.

PELLICER CATALÁN, M. (1978): «Tipología y cronología de las ánforas prerromanas del Guadalquivir, según el Cerro Macareno». *Habis*, 10-11, 307-334.

PEREA, A. (1991): *Orfebrería Prerromana. Arqueología del oro*.

RAMÓN TORRES, J. (1995): *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo Central y Occidental*. Barcelona.

RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (1987): *El poblamiento prerromano en la Baja Extremadura*. Tesis Doctoral, Ed. microfichada, Cáceres, 1996.

– (1989): «La Segunda Edad del Hierro en la Baja Extremadura: problemática y perspectivas en torno al poblamiento». *Saguntum*, 22, 165-224.

– (1990): «Continuidad y ruptura cultural durante la Segunda Edad del Hierro en Extremadura». *La cultura Tartésica y Extremadura*, Mérida, 127-162.

– (1991): *La Ermita de Belén (Zafra, Badajoz). Campaña de 1987*. Mérida.

– (1994): «Algunas reflexiones sobre la caída de Tartessos y el desarrollo de la Beturia prerromana: la crisis del cuatrocientos». *CuPAUAM*, 21.

– (1995-a): «Extremadura prerromana». *Arqueología en Extremadura: 10 años de descubrimientos. Extremadura Arqueológica*, IV.

– (1995-b): «El "problema de la Beturia" en el marco del poblamiento protohistórico del Valle Medio del Guadiana». *Extremadura Arqueológica, V. Hom. a la Pfra. Milagro Gil-Mascarell Boscà,* Cáceres, 157-175.

– (E.p.): «Extremadura, un espacio periférico y fronterizo en la protohistoria del Suroeste». *II Reunión Internacional sobre los Orígenes de la Civilización en la Europa Mediterránea.* Baeza, 18-20 de diciembre de 1995.

RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y PAVÓN SOLDEVILA, I. (Coord.) (E.p.): *El poblado protohistórico de Aliseda (Cáceres). Campaña de urgencia de 1995.*

RUBIO MUÑOZ, L.A. (1984): «Aportación al estudio del Badajoz romano». *II Jornadas de Metodología y Didáctica de la Historia. Historia Antigua,* Cáceres, 131-139.

RUIZ MATA, D. (1979): «El Bronce Final –fase inicial– en Andalucía Occidental. Ensayo de definición de sus cerámicas». *Archivo Español de Arqueología,* 52.

– (1986): «Aportación al análisis de los inicios de la presencia fenicia en Andalucía Sudoccidental, según las excavaciones del Cabezo de San Pedro (Huelva), San Bartolomé (Almonte, Huelva), Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz) y El Carambolo (Camas, Sevilla)». *Homenaje a Luis Siret,* Sevilla, 537 y ss.

– (1995): «Las cerámicas del Bronce Final. Un soporte tipológico para delimitar el tiempo y el espacio tartésico». *Tartessos 25 años después. 1968-1993,* Jerez de la Frontera, 265 y ss.

RUIZ RODRÍGUEZ, A. y MOLINOS (1993): *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico.* Barcelona.

SERRA RAFOLS, J.C. (1945): «El poblamiento del valle medio del Anas en la época romana». *Rev. de Estudios Extremeños,* III-1, 259-274.

– (1954): *La villa romana de la Dehesa de la Cocosa.* Badajoz.

TORMO, R.; RUIZ, T. y DEVESA, J.A. (1995): «El clima». *Vegetación y flora de Extremadura* (Coord. Devesa, J.A.), 37-48.

TORRES BALBÁS, L. (1941): «La alcazaba almohade de Badajoz». *Al-Andalus,* 6, 168-203.

VALDÉS FERNÁNDEZ, F. (1978): «Excavaciones en la Alcazaba de Badajoz». *Rev. de Estudios Extremeños,* XXXV-I, 403-415.

– (1979): «Excavaciones en la Alcazaba de Badajoz». *Rev. de Estudios Extremeños,* XXXV-II, 337-351.

– (1980): «Excavaciones en la Alcazaba de Badajoz». *Rev. de Estudios Extremeños,* XXXV-III, 571-591.

– (1985): «La Alcazaba de Badajoz I. Hallazgos islámicos (1977-1982) y el testar de la Puerta del Pilar». *Excavaciones Arqueológicas en España,* 144.

– (1986-a): «El Arrabal Oriental de Badajoz: bases para su cronología». En: *Actas de las II^as Jornadas de Cultura Árabe e Islámica,* Madrid, 553 -564.

– (1986-b): «Arqueología islámica de la Baja Extremadura». En: *Historia de la Baja Extremadura,* Badajoz, tomo I, 556-599.

– (1987): «La Alcazaba de Badajoz: nuevas perspectivas cronológicas». *Estudios de Historia y Arqueología Medievales,* 5-6, 333-343.

– (1988): «La Alcazaba de Badajoz». *Extremadura Arqueológica,* I, 263-277.

– (1995): «Arqueología islámica de Extremadura: los primeros cuatrocientos años». *Extremadura Arqueológica,* IV, Mérida-Madrid, 265-296.

– (1996): «Lo que queda del Badajoz de los Aftasíes». En: *Bataliús. El Reino Taifa de Badajoz,* Ed. Fernando Díaz Esteban, Madrid, 257-268.

VEGAS, M. (1973): *Cerámica común romana del Mediterráneo Occidental.* Barcelona.

VENTURA, J.J. (1985): «La cerámica campaniense C y pseudocampaniense de pasta gris en la provincia de Sevilla». *Lucentum,* IV, 125 y ss.